

La censura raya tigres



La censura raya tigres

Antonio José Ponte

Diario de Cuba
2009-2019
Décimo Aniversario

Artículo



Edición y corrección: Leila Miranda
Cubierta y diagramación: Alain Pacheco Cuenca
Fotografía de Cubierta: Yoe Suárez

© Antonio José Ponte, 2019
©Sobre la presente edición: Boca de Lobo Editores, 2019
ISBN: 978-958-98689-6-6

Sin el permiso previo de los editores ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, procesada o transmitida en alguna forma por algún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, cinta magnetofónica u otro—, excepto para breves citas en reseñas, donde deberá especificarse la procedencia.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
UN RELOJ DE NAPOLEÓN Y UN MAPA DE CARRETERAS.....	9
LA MÚSICA DE LAS CONVERSACIONES ESPIADAS.....	13
EN EL ÁRBOL DINÁSTICO DE LA REVOLUCIÓN.....	17
UN POLO DE RELIQUIAS PARA FIDEL CASTRO.....	21
HEBERTO PADILLA SE AUTOINCULPA Y NANCY MOREJÓN BOSTEZA.....	25
LEZAMA LIMA EN LOS ARCHIVOS DE LA STASI.....	29
FIDEL CASTRO REGAÑADO POR SU SOBRINA.....	35
LA CENSURA RAYA TIGRES.....	39
LOS LIBROS DE UNA SECTA CRIMINAL.....	43
EL ASESINO DE TROTSKI EN UNA FERIA DE LA HABANA.....	47
VÍCTOR FOWLER SE SUBE AL FLECHA ROJA.....	55
PUTINIZACIÓN DEL ARTE CUBANO.....	59
LOURDES GONZÁLEZ, CENSORA Y CUENTAPROPISTA.....	63
CONTRA UNA PARTIDA DE RANCHEADORES.....	67
AMAURY PÉREZ VIDAL Y LA ENVIDIA DE LOS ADUANEROS.....	71
EL FOTÓGRAFO QUE TIRÓ SU LEICA DESDE EL HELICÓPTERO DEL DICTADOR.....	73
ABEL PRIETO ESCRIBE UNA NOVELA DE PELUCHE.....	77
SEGURIDAD DEL ESTADO: ¿QUIÉN ESCRIBE A QUIÉN?.....	83
MARTÍ: HISTORIA DE UNA BOFETADA.....	87
NORMAN LEWIS EN LA HABANA.....	97
LA HABANA ESTÁ POR INVENTARSE.....	105

Prólogo

Una sobrina del comandante en jefe se atreve a reprenderlo por contar más de la cuenta a la prensa extranjera. Lo desmiente. Avisa que no hay que hacerle caso a lo que él pueda decir en su quijotismo. El quijotismo incluye, entre otras connotaciones, la de la locura.

Los primos de ella sienten pasión por las fiestas. Necesitan alardear de la bonanza en que viven. El poder no les sirve de mucho si tienen que seguir disimulándolo. En sus salidas se hacen retratar por un fotógrafo extranjero. Un libro es publicado con esas instantáneas.

Conmemoran farsescamente. El hijo mayor del comandante en jefe encabeza una caravana como si se tratara de su padre, por el parecido físico. En unos carnavales de Brasil, la hija de otro famoso comandante sube a una carroza junto a un hombre disfrazado de su padre.

Se revela como campeón de golf uno de los hijos del comandante en jefe. El golf, deporte que hicieron desaparecer en Cuba por burgués. Llega desde el exilio una tía paterna suya, decidida a fomentar la asociación nacional de jugadores de bridge. En la reapertura del museo habanero dedicado a Bonaparte, el general que preside el país dona un reloj que perteneció al emperador. La familia en el poder se debate entre la discreción más rotunda y el exhibicionismo.

Un escritor construye una novela a propósito del refugio en La Habana del asesino de Trotski. En sus páginas no aventura las razones que pudieron traerlo al país. Ni siquiera se permite preguntar por ello. El novelista siente miedo, se muestra asombrado de que le hayan permitido publicarla.

Un asesor presidencial, anteriormente ministro de Cultura, escribe una novela que satiriza lo institucional. A lo largo de su jornada de trabajo ordena las prohibiciones pertinentes y, en cuanto encuentra un rato libre, se burla de la censura y los censores en ese libro.

Pintores idos lejos aprovechan una bienal celebrada en el país para regresar. Tienen obra expuesta y delante de ella cruzan potenciales compradores. Cuando la policía arremete contra una colega, ellos se comportan como si no ocurriera nada. Luego de cerrar sus transacciones, se marchan.

Un puñado de escritores escribe sobre la policía política. De lo que saben o imaginan de ella. Conforman una antología con esos textos, la publican. Los que viven en la isla comprometen su tranquilidad, van a ser más expedientados. Los que viven en el extranjero tal vez no podrán regresar.

Quedan cabos sueltos de las viejas historias silenciadas. Hacer nudos con esos cabos, a la espera de que los archivos oficiales vomiten la filmación de un poeta autodenunciándose después de interrogatorios policiales y la del entierro de otro, perseguido hasta el final.

Sepulturas. Las costumbres funerarias de los jefes. El miedo a la venganza póstuma no les deja otra salida que la cremación. No prescinden, sin embargo, del monumentalismo. Ordenan un sistema solar de reliquias en torno a las cenizas del comandante en jefe. Lo arriman a Martí, al que han vuelto ilegible a fuerza de sobreexposición, no de censura. Ilegible hasta el punto que hay que tomar caminos extraños para llegar a él.

Caminos extraños. Tigres rayados por la censura. Los textos que siguen fueron escritos durante más de una década para Diario de Cuba, El País, Letras Libres, La Habana Elegante y Revista Eñe. Casi siempre a regañadientes, por tener que dejar de lado el trabajo en algún libro. Constituyeron digresiones no siempre deseadas, pese al gusto del autor por las digresiones, los paréntesis y llamados aparte.

Ahora se ve cuán poca razón había en acusarlos de agentes de dispersión. Salta a la vista la unidad de libro que termina por juntarlos. Iban ya para libro.

*Antonio José Ponte
Madrid, agosto de 2019*

UN RELOJ DE NAPOLEÓN Y UN MAPA DE CARRETERAS

Unas imágenes de la reapertura del Museo Napoleónico en La Habana parecen sacadas de Fellini. La Princesa Napoleón asiste a la ceremonia desde una poltrona. A su lado, el Historiador de la Ciudad, con al menos dos órdenes francesas colgadas en su traje, habla ante un micrófono. Ondeán las dos banderas nacionales. A la entrada del museo, funcionarios en guayabera, el embajador de Francia, un cardenal: puro Fellini.

Julio Lobo, magnate azucarero, reunió los objetos y libros que forman el grueso de la colección. Orestes Ferrara se hizo construir ese palacio de inspiración florentina. Ambos, colección y palacio, fueron expropiados en los primeros años de gestión revolucionaria. Para la reapertura del museo, Raúl Castro ha donado un reloj perteneciente a Bonaparte y recibido por él como regalo de bodas.

Con esta donación, se coloca junto a Lobo y Ferrara. Suele vestir ahora de guayabera, no de uniforme militar. Ni él ni los personajes enguayabados a la entrada del museo recuerdan a los únicos que vestían esa prenda hace una o dos décadas —agentes de Seguridad del Estado, esbirros y gorilas—, sino a los abuelos y bisabuelos republicanos. Señal de los nuevos tiempos: los altos funcionarios se confunden con magnates más o menos olvidados. Las imágenes que incluyen a un cardenal y una princesa podrían haber aparecido en la crónica social de un diario habanero anterior a 1959.

De aquellos años tuve un mapa de carreteras (yo era niño y me parecía tan precioso como el reloj de bolsillo de un emperador) editado por una empresa petrolera estadounidense. Al desdoblarlo, la isla cobraba una alegría inencontrable en los mapas de la escuela. Mi padre y mis abuelos lo habían consultado por rumbos y destinos, a mí me entretenían sus pequeñas imágenes. Emblemas que, en cartografías más antiguas, habrían equivalido a los eolos y ballenas y leones

y hombres de las antípodas. Un pez aguja saltaba junto a un yate, un jugador de golf se aprestaba a dar golpe, bailaba una pareja, los bañistas esperaban una ola...

A juzgar por noticias recientes, Cuba está decidida a parecerse al país de aquel mapa. Enumero, como prueba, algunos datos.

El Ministerio de Turismo anuncia la construcción de más de una docena de campos de golf. (En el primer año de gobierno revolucionario hubo varias ocasiones en que los jóvenes comandantes jugaron al golf. Quedan fotografías. De esas prácticas salió la determinación de levantar, sobre los buenos prados, escuelas de arte.) Una empresa canadiense construye el primero en la provincia de Holguín. El Ministerio de Educación Superior ha otorgado su premio anual (por la mayor incidencia económica) a un sistema de regadío para campos de golf.

Celebrado desde 1950, el torneo Hemingway de pesca de la aguja sirvió este año para hacer reclamaciones políticas al gobierno de Obama. Los organizadores cubanos lamentaron que Washington negara licencia de viaje a una veintena de yates estadounidenses. Y no solo faltaron las embarcaciones, sino también los grandes bichos. Hace seis décadas surcaban esas aguas entre abril y junio, pero sus costumbres parecen haber cambiado tanto como el clima del mundo. Un instituto de investigaciones con sede en Mónaco y Estados Unidos podrá encargarse de los estudios al respecto. El Club Náutico de La Habana ha firmado con él un acuerdo de colaboración.

Los campos de golf han de estar bien regados. Y los mares, surtidos de peces.

Una última noticia, casi salida del mapa con que jugué en mi infancia, atañe a una hermana de Raúl Castro. Residente en México desde 1960 y bien relacionada con toda la familia, Emma Castro ha decidido impulsar la práctica del bridge dentro de Cuba. Logró que hoteles de La Habana y Varadero sirvieran de sede al campeonato centroamericano y caribeño. Logró que jugadores cubanos compitieran por primera vez en ese campeonato. El bridge cuenta ya en Cuba con una asociación nacional que ella preside. (Ha de ser la única asociación con sede en el país y presidencia en el exilio.)

Emma Castro hace por los jugadores de bridge lo que Mariela, hija de Raúl Castro, por los homosexuales y travestis. Ambas legitiman una pulsión, lúdica o sexual. Años antes, el único heredero visible de la familia era Fidel Castro Díaz-Balart, hijo de Fidel Castro a cargo del programa electronuclear del país. Hoy apenas se escucha hablar de él y resulta más visible un medio hermano suyo, Antonio Castro Soto del Valle, vicepresidente de la Federación Internacional de Béisbol.

En lugar de pesadeces como la física nuclear, la familia se inclina en los últimos tiempos por rubros más leves: bridge, béisbol, travestismo. (En 2009, Fidel Castro Díaz-Balart personificó a su padre en la caravana que conmemoraba el cincuentenario de la entrada de los guerrilleros en La Habana. A su izquierda, en el jeep, viajaba una joven deportista. A su derecha, el director del departamento de pronósticos del Instituto de Meteorología. Otra heredera, Aleida Guevara, participó en los carnavales de Florianópolis de este año a bordo de una carroza con forma de tanque de guerra. Junto a ella, que iba disfrazada de bandera cubana, un bailarín personificaba al comandante Ernesto Guevara.)

La donación de un reloj napoleónico parece marcar la hora del cambio. Dejadas atrás las campañas imperiales, es tiempo de que la dinastía se fortalezca. Se trata de una hora balzaciana, o del Proust que narró a Mathilde Bonaparte en una escaramuza de salón. Lo napoleónico es una princesa apoltronada ante un palacio habanero, el regalo de bodas que el presidente dona. Un nuevo mapa de Cuba, con sus campos de golf y sus torneos de bridge, procura restaurar ciertas delicias republicanas y ocultar la tremenda miseria del país.

(2011)

LA MÚSICA DE LAS CONVERSACIONES ESPIADAS

Una mañana de 1971 llenaron la sala de José Lezama Lima tres amigos del escritor a los que acompañaba un oficial de la policía secreta. Entre esos amigos un tanto reos se encontraba Heberto Padilla, quien pocos días después, en asamblea celebrada en la Unión de Escritores, iba a recitar un discurso de autoinculpación donde delataría a gente próxima. Pero antes (Stalin comenzaba a desbancar a Stanislavski como director de escena) debía ensayarse meticulosamente toda la ceremonia, y el nombre de Lezama figuraba entre aquellos que se mencionarían.

Durante la primera media hora el diálogo avanzó tortuosamente. El oficial a cargo tardaba en soltar su oferta o su amenaza, y el anfitrión se escurría mediante alusiones remotas. (De igual modo solía comportarse en las aburridas reuniones burocráticas. Una destinada a discutir impuntualidades llevó sus divagaciones hasta la colección de relojes de Federico el Grande). El viejo escritor se salía con ángeles negros de Blake, alusiones a Simmel y a la casa filosófica. Hasta que el oficial, harto de tanto barroquismo, sacó una grabadora de su portafolio e hizo que Lezama escuchara su propia voz desahogándose en contra de la jefatura revolucionaria.

Al grano: quedaba demostrado que sus intereses no resultaban tan abstractos e inactuales como intentaba hacer creer. No podría jugar a engañarlos, sabían bien quién era. Heberto Padilla ha reconstruido en sus memorias un fragmento del discurso salido de la cinta. La voz de Lezama, su muy particular entonación, puede oírse leyendo poemas en un disco comercializado por Casa de las Américas. La Universidad Nacional Autónoma de México publicó (hasta donde conozco) el otro disco suyo, y en él lee un fragmento de la novela *Paradiso*. No se han editado

grabaciones de sus conferencias, y tal vez ni siquiera existan. Me pregunto entonces dónde podrá estar la prueba que llevaba en su portafolio aquel agente.

¿En la misma bóveda de la que brotó, a fines de los ochenta, la obra póstuma de Virgilio Piñera? Dos o tres años antes de fallecer, éste fue visitado por interrogadores que amenazaron con llevarlo a la cárcel si persistía en sus tertulias o volvía a vérselo en compañía de extranjeros. Ni una línea suya debía aparecer en Cuba o en el mundo, y tendría que reprimir esas pretensiones de público. Fuentes diversas aseguran que le fueron incautados manuscritos. Lo cierto es que a partir de entonces Piñera evitó descolgar el teléfono (los amigos cercanos acordaron una clave), apenas contestaba al timbre de la puerta y redujo sus salidas. Al morir, la policía se apoderó de sus papeles. Y una década más tarde llegó a editores habaneros, de parte de las autoridades culturales (que a su vez lo recibieron de la policía secreta), un buen grupo de textos piñerianos inéditos.

Visto el ejemplo anterior, no resulta extraño aventurar que esos mismos archivos han de guardar la grabación lezamiana.

La enorme biblioteca contendrá piezas del juicio que orquestara aquel agente. Imágenes de Heberto Padilla mientras pronuncia su autocrítica. Imágenes de quienes, denunciados por él, escuchan las acusaciones. La filmación del entierro de Lezama, ordenada por un jerarca de la cinematografía revolucionaria. Registros de la asamblea donde las máximas autoridades políticas oyen a Piñera afirmar que tiene miedo. La voz de Nicolás Guillén (ser comunista no lo habrá eximido de espionaje) pregunta si los periódicos del día hablan de él, y ordena tirarlos cuando no lo mencionan. La ironía aristocrática de Dulce María Loynaz, más valiosa que sus páginas. Versiones terminadas y desaparecidas del libro que Reinaldo Arenas titularía *Otra vez el mar*. El despacho de Alejo Carpentier en su embajada parisina (la lejanía no iba a librarlo de sospechas)...

Un ventrudo edificio habanero esconderá todo lo recopilado durante casi medio siglo por el sistema de vigilancia que es, sin dudas, la empresa más efectiva de la revolución cubana. Y figurará en tal colección cuanto extranjero de importancia haya pernoctado en la isla. (¿Acaso no se aireó recientemente el escándalo de famosos españoles que en un gran hotel de La Habana recibieron servicios de escucha?).

Pienso que a un régimen secretista como el cubano habrá de llegarle su hora de revelaciones y no me intrigan los descubrimientos que una apertura de archivos pudiese traerme en cartas perdidas, amigos delatores o vida mía contada en tercera persona. Me apasiona, en cambio, imaginar la avalancha de tesoros que sobrevendrá entonces. Claro que, fallecidos sus protagonistas, no dejará de ser violento contar con lo que no desearon publicar ellos. Habrá que sopesar escrúpulos frente al borrador obtenido a la fuerza. Pero suprimidos los rumores sexuales y otras indiscreciones a las que nadie, por biógrafo que se presente, ha de tener acceso, ¡qué reserva preciosa en los archivos de la policía secreta!

Quizás resulte ingenuo imaginar que esa reserva podrá sobrevivir a la revolución. Dispongo, por último, la figura de un agente (no muy distinto del que visitara a Lezama) que lee estas líneas. Hipócrita lector, no lo llamaré mi igual ni hermano mío. Pero le estaré agradecido si, a su hora, ayuda a la salvación de un patrimonio tan rico forjado con tan malas artes.

(2006)

EN EL ÁRBOL DINÁSTICO DE LA REVOLUCIÓN

Un conocido mío recibió hace unas semanas un mensaje de Roberto Robaina. Ambos no habían coincidido nunca, no habían sido presentados, no tenían amigos en común, pero el excanciller cubano inauguraba un restaurante propio en La Habana y le enviaba (a él y a una larga lista de correos electrónicos) publicidad del sitio.

Robaina fue destituido de su cargo diplomático en 1999. Tres años después lo expulsaron “deshonrosamente” del Partido Comunista. Le imputaron deslealtad y corrupción. Supuestamente, se había beneficiado de contactos con empresarios extranjeros, recibió dinero del gobernador de Quintana Roo (encausado más tarde por relaciones con el cártel de Juárez) y se acercaba más de lo conveniente a su homólogo español Abel Matutes. Fue acusado de promocionarse a sí mismo como candidato para una transición.

No llegó a la cárcel, pese a todo lo anterior. Le impusieron la administración de un parque metropolitano. Y fue por esa época que trascendió su interés por la pintura. Pintaba desnudos femeninos, girasoles, bichos, abstracciones. Celebró una exposición en Buenos Aires, y cuadros suyos pasaron por galerías de España y de Miami con cierta suerte. La de quien no tiene que convencer como artista, pues despierta morbo o piedad. Para su pintura aparecían compradores igual que hay coleccionistas para la artesanía hecha por presos.

El excanciller se convirtió en artista, no tanto por vocación como por oportunidad. Comerciar con galeristas extranjeros era de las pocas permisividades que el Gobierno dejaba a la iniciativa propia. Autorizadas más tarde algunas ocupaciones independientes, no dudó en abrir un restaurante. Y, en caso de ensancharse la libertad económica, aspiraría a una empresa mayor. Llegaría a canciller por cuenta propia.

Varios cuadros suyos adornan (es un decir) las paredes del nuevo restaurante habanero. “Excelente coctelería, exquisita selección de tapas y cálidos desayunos”, promete la publicidad que ha puesto a circular.

Michael Dweck, fotógrafo estadounidense, autor de un libro de culto dedicado al surf, viajó a La Habana en 2009. Allí pensó encontrar lo que tenía visto en tantos libros y documentales: ruinas, autos viejos, músicos de Buena Vista Social Club. No obstante, la invitación a cierta fiesta le permitió acceder a un mundo muy distinto. Tuvo la suerte de dar con un grupo de noctámbulos cuya amistad cultivaría en viajes posteriores. Eran, según su catalogación, artistas, modelos, cineastas, escritores. Gente elegante, sofisticada y talentosa.

Por su aspecto podían confundirse con quienes fiesteaban a esas mismas horas en las playas de Miami. Utilizaban la tecnología de comunicaciones más moderna. No escatimaban en fondos para la diversión. Dweck se asombró de que una sociedad sin clases produjera una pandilla así. No pudo abstenerse de fotografiarlos y de componer con sus retratos un libro: *Habana Libre* (Damiani Editore).

“Para sorpresa de buena parte del mundo, y principalmente de Estados Unidos, hay felicidad en Cuba”, escribió en el prólogo. Al menos él había encontrado felicidad en sus amigos cubanos, y apostaba por ellos para el momento en que el país se abriera al mundo.

A ese momento aludía la contraseña con que los miembros de aquel grupo se daban cita en bares, inauguraciones y desfiles de moda. Al inicio de cuanto mensaje intercambiaban aparecía “PMM”, siglas de “Por un Mundo Mejor”. Se trataba, más que de una contraseña entre conspiradores, de la divisa del grupo. Reclamaban con ella un mundo con fiestas más rutilantes, donde la frecuentación del placer no supusiera riesgo político y no se vieran condenados a esconder el lujo.

El libro de Dweck incluye entrevistas con algunos de los fotografiados: Alejandro Castro Soto del Valle y Camilo Guevara ofrecen sus declaraciones. Hijo de Fidel Castro uno y de Ernesto Che Guevara el otro, son compinches de parranda como sus viejos lo fueron de guerrilla. (Debió ocurrírsele a ellos la contraseña que utilizan. “Por un Mundo Mejor” es la traducción al *blackberriense* del “Hasta la victoria siempre” de Guevara padre).

En una imagen de promoción del libro, Alejandro Castro abraza a dos modelos negras. En otra, Camilo Guevara pareciera estar sentado ante una mesa de juego. El mundo mejor que ambos procuran no es precisamente el que prometiesen y dejaran incumplido sus padres, sino el interrumpido por estos. Michael Dweck parece haber hecho en La Habana de hoy lo que Bruce Weber en Miami (la edición italiana de *Vogue* publicó su diario). En lugar de Chita Rivera, Richard Amaro, Nati Abascal y María Conchita Alonso, un puñado de herederos revolucionarios.

Claro que a lo largo de estos cincuentitantos años de régimen revolucionario no han faltado hijísimos viviendo sus privilegios por encima de la pobreza general. Pero estaban obligados a mayor discreción. Pasaban lo más de incógnito posible con tal de no desmentir un discurso político que insistía en el igualitarismo y en el ascetismo regenerante. Algo parece haber cambiado ahora, cuando un hijo de Fidel Castro y un hijo de Guevara permiten a un fotógrafo estadounidense tomar instantáneas de sus juergas y hacer de ellas un libro. Algo ha cambiado cuando los dos aceptan ser entrevistados para ese volumen. Rompen, innegablemente, el pacto tácito con sus mayores. ¿Qué los ha empujado a correr tanto riesgo?

Quizás no soportaron más la fiesta constreñida. Necesitaron explayarse, alardear, anunciar en medio de la plaza (como en el poema de Rimbaud) el deseo de que ella (la acompañante de esa noche) sea reina. Se habrán creído los protagonistas de una revista *¡Hola!* Fundada por el empresariado de un capitalismo a las puertas. El libro de Michael Dweck equivale, para el grupo, al anuncio puesto a circular por Roberto Robaina.

Castro Soto del Valle y Guevara se han dejado retratar en nombre de sus derechos dinásticos. Mientras varios primos y hermanos gobiernan instituciones conocidas, ellos no tienen mando alguno. Figuran en la vida nocturna sin más. Creen merecer sus privilegios sin pasar por la excusa del nepotismo, sin coartada. No pretenden puestos en un organigrama, sino sus sitios incanjeables en el árbol dinástico de la revolución.

Y, así como Robaina mandó aviso de su negocio a una lista de correos, los dos herederos y sus amigos se han plantado ante el fotógrafo cuyo libro circulará por todo el mundo. Procuran de este modo atraer invitados a sus fiestas: empresarios

extranjeros, probables inversionistas, clientes de los cuales sacar tajada, socios con los que intercambiar mensajes acerca de un mundo mejor... El libro de fotografías de Michael Dweck se publicará dentro de un par de meses. *The New York Times* le ha dedicado ya un artículo. La suerte inmediata de Alejandro Castro Soto del Valle y de Camilo Guevara, su caída o no en desgracia, podrá decirnos mucho acerca de la naturaleza de los cambios en Cuba.

(2011)

UN POLO DE RELIQUIAS PARA FIDEL CASTRO

La contigüidad de la sepultura de Fidel Castro al mausoleo de José Martí en el cementerio santiaguero de Santa Ifigenia era ya una representación de *La historia me absolverá* y el reparto de las autorías intelectual y factual que el primero estableciera para justificar su ataque al cuartel Moncada.

Ahora, el acercamiento de los restos de Carlos Manuel de Céspedes y de Mariana Grajales a la sepultura de Castro es la puesta en escena del discurso “Cien años de lucha”, que intentó configurar una sola revolución, iniciada por el Padre de la Patria en 1868, triunfante en 1959 y vibrante en 1968.

Al lugar de adoración del comandante en jefe han venido a sumarse representantes de cada una de las guerras de liberación. (Dado el escándalo que habría sido acarrear desde El Cacahual los restos del lugarteniente general Antonio Maceo, debió optarse por su representación materna, Mariana Grajales).

La explicación oficial de estos cambios habla de facilitarle el tránsito a turistas y visitantes, de construir un mejor circuito turístico dentro del cementerio santiaguero. Se acerca el primer aniversario del fallecimiento de Fidel Castro y acaban de celebrar el cincuentenario de la muerte de Ernesto “Che” Guevara. La creación de un polo de reliquias permitiría a Santa Ifigenia competir en visitas con el mausoleo de Santa Clara.

En vida, Fidel Castro fue proclive a esta clase de operaciones simbólicas. Durante las protestas de 1947 contra el presidente Ramón Grau San Martín, llevó la campana de La Demajagua, aquella que Céspedes tocara a rebato, desde Manzanillo hasta la Colina Universitaria. Cuatro años después, promovió el traslado del cadáver de Eduardo Chibás al recinto universitario, lo cual le permitió ganar presencia y visibilidad en la guardia de honor. Y luego, dispuesta la partida hacia

el Cementerio de Colón, pidió cargar con el cadáver rumbo al Palacio Presidencial con el objetivo de derrocar a Carlos Prío Socarrás.

Una escena del documental *Looking for Fidel* (2005), el segundo que le dedica Oliver Stone, muestra a un Fidel Castro preocupado por su tiempo póstumo. Menciona a Egipto, quizás por ser la gran cultura de los preparativos mortuorios, quizás porque la momificación leninista cabía entre sus alternativas, y avisa de que no le gustaría correr la suerte de aquellos faraones que terminaron tan lejos de sus tumbas, exhibidos como momias en los museos occidentales.

Se trata de un raro atisbo de lo que pensaba acerca de su destino póstumo. Fidel Castro descartaba para sí un destino de faraón fuera de la pirámide. La cremación, que ha sido la solución procurada a su caso y al de la mayor parte de sus oficiales y burócratas, esquivó exitosamente la profanación del cadáver. Llegada la hora en que se vengan los contrarios, estos no encontrarán esqueleto que violar. Las cenizas existen propiamente para ser dispersadas. Cremado el cadáver, la venganza contra él se hace polvo.

Asimismo, queda suprimida la eventualidad de que el cráneo o los huesos largos acaben sirviendo en algún rito religioso. En su libro *Los brujos de Chávez. La magia como prolongación de la política* (Sarrapia Ediciones, Barcelona, 2015), el periodista David Placer historia las violaciones de tumbas de presidentes venezolanos, con la única excepción de la mastodóntica sepultura de Rómulo Gallegos. Los trabajos de Palo Monte, impulsados en Venezuela por los servicios de inteligencia cubanos, tienen en alta estima los huesos de presidentes, en la convicción de que quienes ejercieron el poder político resultan, en la muerte, los mejores agentes para garantizarlo.

La nomenclatura castrista, imbuida como parece estar de estas creencias o por lo menos respetuosa de ellas, teme a la profanación de cadáveres y a los servicios de ultratumba a los que puedan obligarlos. Para alguien como Fidel Castro y sus acólitos, tendría que ser agobiante la perspectiva de obedecer servilmente a voluntades ajenas.

Rodear sus cenizas de cadáveres ilustres (si es que de veras se encuentran depositadas en la sepultura de Santa Ifigenia sus cenizas), obedece menos a facilitar y promover el turismo que a dotar de protección al difunto comandante en jefe.

El Padre de la Patria y la madre de Maceo, más la cercanía de Martí, lo dotan de un cuerpo de guardias ultraterrenos. Es protección mágica o simplemente histórica porque, no importa cuánto pueda desestimarse la lógica de ciertos credos, la administración de la memoria histórica no deja de beber en las fuentes del pensamiento mágico.

Por su parte, Raúl Castro ha arreglado que su cadáver termine en otro nudo funerario, construido en tierras del antiguo Segundo Frente, en las montañas que rodean a Santiago de Cuba. Ese megalito fue el modelo seguido para la sepultura de Fidel Castro. Allí se encuentran depositadas las cenizas de su esposa, Vilma Espín, y unas letras de bronce avisan del futuro ocupante. Menos dado a lo histórico que a lo sentimental (que elija el lector en cuál sentido estricto), él ha querido que en proximidad a su tumba y la de su esposa repose el bailarín español Antonio Gades.

Raúl Castro, que se ha mostrado incapaz de visitar los sitios devastados por el huracán Irma y se niega a mostrar empatía por los damnificados, ha reservado sus últimas apariciones públicas para cuestiones funerarias (con la excepción de un recibimiento a Nicolás Maduro). Presidió la celebración del cincuentenario de la muerte de Ernesto “Che” Guevara en el mausoleo de Santa Clara, así como la inauguración del polo de reliquias de Santa Ifigenia. Desentendido de los vivos y del presente, se ocupa únicamente de los muertos y de lo conmemorativo.

La alta jefatura cubana, tildada justamente de geriátrica, se está poniendo tanática ahora. Son la muerte y los preparativos funerarios las cuestiones que más parecen interesarle.

(2017)

HEBERTO PADILLA SE AUTOINCUPLA Y NANCY MOREJÓN BOSTEZA

Una vez, hace años y en La Habana, tuve oportunidad de asomarme al archivo fílmico del instituto de cine. Guardaban allí imágenes prohibidas o de acceso restringido, pero solo fue asomarme. Una realizadora de documentales me había contratado para que escribiera un guion sobre la ciudad prerrevolucionaria, ella era políticamente confiable y le permitían seleccionar materiales de archivo.

Salió a recibirnos la especialista a cargo del almacenamiento y conservación de películas. Llevaba toda la vida allí, desde la creación del instituto. No vestía bata blanca ni utilizaba guantes. Hacía calor y no contaban con aire acondicionado. Ya nos tenía separados viejos noticieros en los que se veía a Tyrone Power llegando a la ciudad, a la actriz mexicana María Félix en Tropicana, unas tiendas iluminadas en una Navidad de los años cincuenta... Episodios cuyo único ingrediente político se reducía a dar fe de una bonanza perdida.

El documental que planeábamos terminó por no hacerse (o se hizo sin mí, ya no recuerdo), aunque alcancé a volver por el archivo, conversé con la encargada varias veces, y ella me aseguró que no tenían allí ninguna de las películas por las que le preguntaba: el entierro de José Lezama Lima y el discurso de autoinculpación de Heberto Padilla. Bajó la voz cuanto pudo: conocía de la existencia de ambas filmaciones, al menos la del entierro había sido ordenada por el propio presidente del instituto, Alfredo Guevara, pero si acaso esos rollos existían tendrían que estar en una caja fuerte. O (¡con qué hilito de voz se atrevió a sugerirlo!) en las bóvedas de la policía política, de Seguridad del Estado.

¿Por qué mostraba yo tanto interés por ellos, qué hacía buscándolos? Sencillamente, por no haber estado presente en la asamblea y el entierro. Habría alguna razón para mantener esas películas en secreto, y yo quería descubrirla.

José Lezama Lima había muerto en 1976. Celebrado y editado en los primeros años revolucionarios, a partir del «Caso Padilla» no alcanzó a publicar otro libro, retiraron sus obras de las bibliotecas, le prohibieron viajar al extranjero, vigilaron su casa y su correspondencia. Y cuando no pudieron espiarlo más, mandaron un camarógrafo a filmar su entierro. Hoy no existe película en donde se le vea leer alguno de sus textos con tan particular entonación como tenía. Nunca le filmaron entrevista o conferencia. En cambio, el presidente del instituto de cine se ocupó de documentar su entierro y en esos pies de película consta el cierre de su expediente policial, la mirada última que le dedican sus guardas.

Lezama Lima había sido jurado del concurso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac) que, en contra de presiones oficiales, premió un libro de poemas de Heberto Padilla. *Fuera de juego* fue publicado con una carta introductoria donde la Uneac mostraba su rechazo a la decisión del jurado y calificaba de contrarrevolucionarias aquellas páginas. Seguridad del Estado detuvo a su autor, hizo que el miedo circulara entre los escritores, plantó a Padilla ante una asamblea gremial en la que él terminó por inculparse, denunció al resto de los supuestos conspiradores y apuntó especialmente hacia Lezama Lima.

Podría decirse que el comisario a cargo de aquel caso seguía al pie de la letra varios de los poemas del libro perseguido. Delante de una asamblea de escritores, Padilla no hacía más que imitar el protocolo de los juicios que Stalin orquestara treinta y tantos años antes. Al menos así lo explicó el poeta al llegar al exilio: que no fue el miedo quien lo hiciera denunciar a otros, sino la necesidad de alertar al mundo mediante un acto fácilmente reconocible, imputable a un nuevo estalinismo. A fuerza de sobreactuar el guion que sus interrogadores le impusieran había conseguido subvertir ese guion, llevarlo al paroxismo, transformarlo en una sirena de alarma.

Muchas veces me he preguntado hasta qué punto resulta plausible una coartada así. De ahí mi curiosidad por esa filmación, mi interés por calibrar al histrión Heberto Padilla.

He leído su discurso de autoinculpación (se publicó enseguida), pero quisiera verlo y escuchárselo de viva voz. Hace dos años, un documental reveló un minúsculo fragmento de él, apenas dos minutos. En nítido blanco y negro, con el sonido

en perfectas condiciones. “Compañeros”, empieza Padilla, “desde anoche, a las doce y media más o menos, la dirección de la Revolución me puso en libertad, me ha dado la oportunidad de dirigirme a mis amigos y compañeros escritores sobre una serie de aspectos a los que seguidamente yo me voy a referir...”

Luneta 1, escrito y dirigido por Rebeca Chávez, fue producido por el instituto cubano de cine. Alfredo Guevara ocupa la primera mitad del documental y durante media hora brinda su versión de esa y otras historias, rememora su carrera de appárratchik. Como en sus décadas de mandato sobre todo el cine, desde la producción hasta las salas, nadie lo contradice o lo cuestiona. Luego aparecen varios artistas e investigadores jóvenes, uno de ellos se refiere a Heberto Padilla y viene a propósito la cita de archivo. Según alcanza a verse, en aquella asamblea hubo al menos tres cámaras de cine. ¿Significa esto que pudiera conservarse más de un registro? Entre los escritores reunidos son reconocibles los jóvenes poetas Miguel Barnet y Nancy Morejón. Ella bosteza.

La brevedad de ese fragmento no deja margen para hipótesis acerca de las intenciones de Padilla, de modo que me fijo en el bostezo de Nancy Morejón. ¿Cómo pudo alguien, en un momento así, apelar al sueño o al hambre? Supongo que bostezaría por mimetismo, igual a tantos animales que se camuflan para no ser cazados. Con ese bostezo desalentaba a Padilla, en caso de que él se dispusiera a mencionarla entre sus cómplices. Puesto que el último lugar donde bostezaríamos es en medio de un sueño, Nancy Morejón bostezaba para mantenerse fuera de aquella pesadilla.

Cuatro o cinco años antes la policía política había dispersado el grupo de escritores al que perteneciera. Clausuró la pequeña editorial fundada por ellos y envió a su director a un campo de trabajos forzados. Ella consiguió salvarse, pero incluso décadas después no había perdido el miedo a hablar en las asambleas, miedo a que la mandaran a callar recordándole su pertenencia al grupo El Puente: así lo reconoció en una entrevista. Barnet y Morejón, jóvenes en esas imágenes de archivo, ascendieron luego hasta ser los actuales presidente de la Uneac y presidenta de la sección de escritores de dicha institución. (Otro modo de bostezar, aduciría ella, un seguro contra el antiguo miedo.) Rebeca Chávez, realizadora de *Luneta 1*, es la misma documentalista con la que visité el archivo

del instituto de cine. Me pregunto si desde entonces tenía en su poder las imágenes del discurso de Padilla. En cualquier caso, ella supo a quién pedírselas y dónde encontrarlas. Lástima que fuera tan tacaña administrándolas.

De la filmación del entierro de José Lezama Lima no he tenido hasta ahora noticias.

(2014)

LEZAMA LIMA EN LOS ARCHIVOS DE LA STASI

“El día de su entierro”, escribió Reinaldo Arenas, “hubo hasta ascensos en el departamento de la Policía Política que vigila a los escritores”. Los asistentes al sepelio de Lezama pudieron percibir, de reojo, cómo se desplegaba por los alrededores una brigada policial.

Heberto Padilla contó en sus memorias que, a principios de 1971, Lezama había recibido la visita de un oficial de Seguridad del Estado que lo acusó de difamar del gobierno revolucionario y, puesto que Lezama negaba la acusación, el oficial sacó de su maletín una grabadora y le hizo escuchar la prueba de su propia voz.

Según Eloísa Lezama Lima, ya en los primeros años del nuevo régimen su hermano le pedía salir a la calle para hablar libremente. Subían al auto de ella y, al llegar a un semáforo, comenzaba a dudar de la privacidad conseguida. “A lo mejor esto está conectado con algo”, le decía.

Hoy ni los escritores cubanos más oficialistas niegan el ostracismo padecido por Lezama durante los años setenta, aunque no se arriesgan a incluir a la Seguridad del Estado en el asunto. Achacan los contratiempos a alguna directiva improcedente, a un puñado de comisarios desbocados. Cintio Vitier reconoció en un diálogo con Arcadio Díaz Quiñones que “a partir del 72, sí efectivamente empieza a haber una actitud de hostilidad hacia Lezama por parte de determinados funcionarios. Estos funcionarios empezaron a crear una especie de cerco de silencio en torno a Lezama”.

Determinados funcionarios. Una especie de cerco de silencio, no un cerco de silencio propiamente. Lezama, según tan piadosa versión, resultó víctima de ciertas excepciones del aparato estatal. Y es de lamentar que muriera tan temprano,

pues unos pocos años más de vida le habrían alcanzado para ver sus inéditos publicados, recibir la visita de su hermana y viajar al extranjero.

El oficial con grabadora que lo visitara debió de ser, si no invención de Padilla, uno de los funcionarios relativamente autónomos postulados por Vitier. La brigada de policía secreta en el entierro era achacable a la sempiterna disposición a novelar de Reinaldo Arenas... Desde entonces había llovido mucho. Los jefes que se tomaran atribuciones indebidas estaban muertos o arrastraban jubilación. Entretanto, librerías y bibliotecas y centros de estudios de todo el país atesoraban los volúmenes de Lezama. La casa del escritor había sido declarada museo y patrimonio nacional. Acababa de celebrarse por todo lo alto el centenario de su nacimiento. ¿Para qué insistir en las vicisitudes que sufriera? ¿Adónde conducía tanto resentimiento?

Un documento descubierto en Berlín por el investigador Jorge Luis García Vázquez viene a probar que Lezama sufrió una represión sistemática, legitimada por las autoridades más altas. El documento procede de los fondos de la Stasi, adonde pudo llegar gracias al intercambio entre servicios de inteligencia hermanos. Se trata de un folleto de dieciocho páginas publicado en Cuba, que lleva en sus páginas las marcas de los archivos secretos de la época comunista (“MfS” o *Ministeriumfür Staatssicherheit*, abreviadamente, Stasi. “ZAIG” o uno de los departamentos de la Stasi, el Grupo Central de Análisis e Investigación) y las marcas de los archivos consultables del poscomunismo: “BstU”, siglas de la oficina para la preservación de los fondos de la Stasi.

No contiene información clasificada: fue el programa de mano de una exposición abierta al público en La Habana de 1974 y organizada por el Ministerio del Interior cubano. Una frase de Raúl Castro sirve de epígrafe al programa: “El diversionismo ideológico, arma sutil que esgrimen los enemigos contra la Revolución”. Sus páginas son lo suficientemente enumerativas como para permitir que nos hagamos una idea de aquella exposición.

La cultura, advierten sus líneas iniciales, es el campo principal de los ataques enemigos. Instituciones religiosas y organizaciones contrarrevolucionarias internas procuran subvertir el entusiasmo del pueblo cubano por su revolución. Pero

tienen que vérselas con la Seguridad del Estado, con el Partido Comunista y las organizaciones de masas.

Tres salas de muestras y una de proyecciones acogían las pruebas de aquellos enfrentamientos. Allí estaba lo ocupado al enemigo: una exhibición de atrocidades. Podía escucharse la grabación de un programa radial extranjero que “alentaba la creación de grupos juveniles con nombres y símbolos extravagantes”. Se exhibían revistas y materiales de contenido erótico, juegos infantiles con imágenes de Nixon y de Kennedy, cartas dirigidas a los deportistas cubanos para hacerlos desertar, boletines de instituciones religiosas del exilio, pruebas del trabajo pastoral dentro del país. Propaganda sionista dispersada desde la Legación de Israel. Propaganda trotskista. Llamados contrarrevolucionarios al terrorismo y el magnicidio, pancartas antigubernamentales aparecidas en diversos rincones de la capital, ejemplos de humor contra las autoridades.

Un mapa señalaba cada una de las emisoras radiales que emitían hacia Cuba desde territorio estadounidense. Un documento oficial argentino prohibía la entrada de libros cubanos, especialmente los de José Martí, Ernesto Guevara y Fidel Castro. Y, más allá de toda sutileza, se mostraban restos del material explosivo utilizado recientemente contra las misiones diplomáticas cubanas en Argentina y Perú.

En la sala de proyecciones, un documental explicaba las actividades como agente de la CIA de Humberto Carrillo Colón, consejero y agregado de prensa de la embajada mexicana expulsado del país en 1969.

Abundaban en la exposición los materiales literarios. Libros y folletos publicados en Estados Unidos por una fundación universitaria con el nombre de José Martí, obras de escritores cubanos exiliados (“apátridas”) y ejemplos de literatura anticastrista extranjera: *Les Guérilleros au pouvoir: l'itinéraire politique de la révolution cubaine* de K. S. Karol, *Cuba, est-il socialiste?* de René Dumont y *Persona non grata* de Jorge Edwards. Un expediente policial seguía de cerca las andanzas del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, quien emprendiera investigaciones de campo en el país antes de ser interrogado, acusado de espionaje y expulsado.

Cabía allí una apretada historia de la censura política revolucionaria. Entre los títulos impresos por editoras nacionales “que se dedicaron hasta 1965 a resaltar

la actividad literaria de elementos diversionistas en Cuba” debieron exponerse los de una pequeña editorial clausurada ese mismo año, El Puente. Las obras “diversionistas” premiadas en concursos nacionales por jurados extranjeros eran, seguramente, *Fuera del juego* de Heberto Padilla y *Los siete contra Tebas* de Antón Arrufat. Libros y revistas editados por el Departamento de Filosofía de la universidad habanera y acusados de revisionismo y mixtificación del marxismo debieron pertenecer a los redactores de *Pensamiento Crítico*, revista cerrada en 1971 a la par que disolvían el departamento universitario.

Allí estaban, fallidos, los primeros *tamizdat*: inéditos que algunos escritores intentaron sacar del país. Podían examinarse los expedientes operativos contra dos escritores: Heberto Padilla (Caso “Iluso”) y José Lezama Lima. Sobre este último, puede leerse en el programa de mano: “Materiales operativos del Caso ‘ORBITA’ llevado contra el escritor diversionista JOSE LEZAMA LIMA. Se expone [sic] también algunas de sus obras, editadas en nuestro país y los manuscritos de las obras que elabora actualmente”.

El nombre del caso debieron tomarlo de una antología publicada en 1966: *Órbita de Lezama Lima*. El expediente pudo iniciarse por esa fecha. O quizás antes, y luego fue rebautizado. La exposición contenía, según se complace en anunciar el folleto, obra inédita ocupada al escritor. De manera que Lezama debió soportar, no solo las violaciones de su privacidad, sino el alarde público de esas violaciones. Las editoriales (no quedaba ya ninguna independiente) no editaban sus textos y, sin embargo, la policía secreta se los arrebatava para exponerlos como prueba de delito. Lezama no era dueño de su material. Cualquier visitante de la exposición podía asomarse al *work in progress* de aquel monstruo que escribía, no para ser publicado, no para la gaveta, sino para la policía y el grupo de curiosos arremolinados en torno a una escena de detención.

Es fácil conjeturar que él no visitó la muestra, que no sufrió el vértigo póstumo de inclinarse ante sus manuscritos en vitrina. Presentarse allí habría sido exponerse a represalias. Pero debió tener noticias de que inéditos suyos servían para su escarnio y escarmiento. Y, dos años después de aquella exposición, murió.

Entonces fue autorizada la publicación de la novela inacabada *Oppiano Licario*. Editaron su último libro de poemas, *Fragments a su imán*. Fueron compilados

sus textos de innegable entusiasmo por los primeros años de revolución: *Imagen y posibilidad*. Cintio Vitier pudo emplearse a fondo en los trabajos de soldadura autógena que juntaban a Lezama con el régimen.

La recuperación oficial del escritor supuso, sin dudas, la desaparición de pruebas inculpatorias como este folleto conservado por la Stasi. Sobre la exposición organizada por el Ministerio del Interior apilaron tanto silencio que ninguno de los testimoniantes de noticias biográficas lezamianas alcanzó (ni siquiera desde la inmunidad del exilio) a recordarla. La primera mención del caso “Órbita” y de la exhibición pública de material relacionado con él apareció en un artículo de Jorge Luis García Vázquez. En su libro *Palabras del trasfondo. Intelectuales, literatura e ideología en la Revolución Cubana* (Colibrí, Madrid, 2009), Duanel Díaz Infante ha relacionado el contenido de aquella exposición con una conferencia pronunciada un par de años antes por Raúl Castro. La exposición, según él, constituyó “una especie de demostración gráfica” de dicha conferencia.

En el Museo del Ministerio del Interior, que visité en La Habana hace aproximadamente siete años, no encontré ninguno de los materiales exhibidos en 1974. El programa de mano sacado de los fondos de la Stasi pertenece a una época en que la censura estaba lejos de ser vergonzante, los comisarios apelaban a una ideología y se reprimía abiertamente. Tan abiertamente, que podía llegarse al exhibicionismo. A diferencia, en la hipócrita actualidad cubana no cabe tanta ostentación de poder.

Me pregunto, por último, si existen otros ejemplares de este folleto. Porque el museo lezamiano de Trocadero 162 y el museo habanero de la policía secreta deberían contar alguna vez, en montajes más fidedignos, con una pieza como esta.

(2011)

FIDEL CASTRO REGAÑADO POR SU SOBRINA

Hace unos meses, Fidel Castro dejó atrás los años de convalecencia, se dio de alta médica y se autodefinió como resucitado. Pareció encantado de que tanto secreto estadounidense estuviese al alcance en WikiLeaks, y creyó entrever suficientes razones como para anunciar el fin del mundo.

Regresar a la vida pública era, sobre todo, convertirse en figura de primera plana, arrebatarle a su hermano Raúl o a los presos de conciencia liberados la posibilidad de ser noticia. De manera que pronosticó el Apocalipsis e hizo que este coincidiera con el Mundial de Fútbol. Luego, cuando no vino a cumplirse, achacó el error a un multicopista que le había escamoteado datos esenciales para sus predicciones.

Desde su atalaya de superviviente, divisaba el mundo. Barajaba asuntos internacionales, alcanzó a hablar de un lejano episodio de administración interna. Una entrevistadora mexicana le preguntó por el trato dispensado tres o cuatro décadas antes a los homosexuales, y él aceptó su responsabilidad en lo ocurrido. Si existía algún responsable (¡qué bien habría estado la opción contraria!) era él. El país se encontraba por entonces en peligro, él debía atender miles de asuntos y vivía acosado. “No podía estar en ninguna parte, no tenía ni dónde vivir”, recordó. La CIA lo emboscaba sin descanso. Al final, era culpa de la inteligencia estadounidense el que no llegara a oponerse a la persecución de los homosexuales.

Por tres años, de 1965 a 1968, religiosos de diversos credos, *hippies*, homosexuales y toda clase de sujetos considerados problemáticos fueron confinados en Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), campos de concentración, no de exterminio. Cuatro décadas después, Castro no negaba que se hubiera cometido un error y disimulaba su homofobia, aquellas intervenciones

públicas en las que clamaba contra los degenerados. (Fragmentos de esos discursos pueden encontrarse en el documental que Manuel Zayas dedicó a Reinaldo Arenas: *Seres extravagantes*).

El tiempo trajo sus apaciguamientos. El Castro más visible de la generación siguiente a la suya dirigía en la actualidad el Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex), abogaba por los derechos de homosexuales y transexuales y, de paso, impedía un asociacionismo independiente. Pudo deberse al influjo de Mariela Castro que recapacitara sobre el tema, aunque ella confesó haber perdido contacto personal con su tío desde que enfermara.

La misma lógica de guionista de película de catástrofe que le hizo combinar Apocalipsis con Copa Mundial debió sugerirle a Castro que saldrían buenos titulares de algún reblandecimiento suyo, y se mostró autocrítico. Tuvo un gesto perteneciente al futuro. Adoptó maneras de fiscal de régimen venidero, juzgó un episodio del castrismo, entró por un momento en la posdictadura. Si acaso fue calculada, su determinación no andaba lejos de aquella de los comunistas yugoslavos en los años setenta: “Después de Tito, Tito”.

Y en este punto su sobrina se atrevió a contradecirlo: él no podía echarse encima aquella responsabilidad, por mucho espíritu quijotesco que lo asistiera. En tanto directora del Cenesex, ella había dialogado con especialistas del ejército y de la policía política, testigos de la época. Y todos le confirmaron que las UMAP fueron desmanteladas apenas se recibieron las primeras quejas de la población, apenas la alta jefatura tuvo noticias de que aquellos campamentos existían.

Cierto que tres años fueron suficientes para lastimar a mucha gente. Ella se preocupaba por que las víctimas gestionaran sus traumas, pues “mientras no elaboren lo vivido, no van a procesar ese sufrimiento”. Pero no aludía al destino de aquellos especialistas del ejército y de la policía política que consultara. Las UMAP habían funcionado bajo jurisdicción de su padre, Raúl Castro. A ninguno de esos hombres, especialistas o presidente, parecía corresponderle la tarea de administrar remordimientos o traumas personales.

No valía la pena pedir perdón, sostuvo Mariela Castro. Pedir perdón habría sido una hipocresía. (En su escala de valores era mejor ser criminal que insincero). Mejor apostar por leyes y reglas que impidieran episodios semejantes,

apostar por campañas educativas que eliminaran los prejuicios. Porque, tal como recordó, ni siquiera el proceso de Núremberg consiguió suprimir los prejuicios antisemitas.

Sentía mucho tener que contradecir a su tío, pero no debía permitirle jugar con las responsabilidades. Cualquier amago de enjuiciamiento, incluso en una entrevista, resultaba peligroso. (No por casualidad citó el proceso contra la alta jerarquía nazi). Y, si quedaba algo pendiente en aquel episodio de las UMAP, era la gestión de los daños sufridos por parte de las víctimas y los empeños pedagógicos del Cenesex. Nada de hurgar en responsabilidades sobre circunstancias terribles.

Su admirado tío podría considerarse a sí mismo renacido, en la posdictadura o en la eternidad que seguía a la explosión del mundo, pero ella, sus hermanos, primos y diversas generaciones de la familia Castro tenían por delante las responsabilidades de un Kim Jong-nam, hijo de Kim Jong-il. Ella, sus hermanos, primos y diversas generaciones de la familia Castro tenían por delante las responsabilidades de un Teodorín, hijo de Teodoro Obiang Nguema.

(2010)

LA CENSURA RAYA TIGRES

Tres tristes tigres cumple medio siglo de publicado y esta edición conmemorativa (Seix Barral, Barcelona, 2017) incluye un apéndice sobre las negociaciones con la censura franquista por las que tuvo que pasar: informes del Ministerio de Información y Turismo a cargo de las prohibiciones, dictámenes bajo el eufemismo de “orientaciones bibliográficas”, una carta del editor Carlos Barral, la portada de la edición príncipe y un prólogo de Guillermo Cabrera Infante a la edición venezolana de 1990.

En esas negociaciones, Barral se vio obligado a desearle larga vida al señor censor. “Es gracia que espero alcanzar del recto proceder de V. E. cuya vida guarde Dios por muchos años”, se despide en su carta. El prólogo de Cabrera Infante le reconoce autoría a aquel funcionario: “¡Ah, mi querido censor! Cuánto me habría gustado conocerlo, usted que es mi hermano, mi semejante, mi hipócrita lector. ¡Después de todo, los dos hemos escrito el mismo libro!”

Dicho con apenas ironía, la censura política le vino bien a *Tres tristes tigres*, ayudó a conformarlo. Y no solo la censura franquista, sino también la del castrismo. En 1964, cuando ganó el Premio Biblioteca Breve, el libro era otro, bajo otro título: *Vista del amanecer en el trópico*. No contaba únicamente La Habana de las bombas eróticas y musicales, sino la ciudad de los sabotajes y atentados contra el régimen de Fulgencio Batista. Debió ser más épico que elegíaco, debió constituir un homenaje a la revolución triunfante de 1959.

Guillermo Cabrera Infante recibió la noticia de su premio barcelonés en la embajada de Cuba en Bélgica. Había llegado allí luego de dirigir la más importante publicación cultural del país (*Lunes de Revolución*), luego de que Fidel Castro censurara un cortometraje producido por su equipo (*PM*, de Orlando Jiménez

Leal y “Sabá” Cabrera Infante) y de que fuera clausurada *Lunes...* Para quitárselo de encima, los comisarios políticos de la cultura tuvieron a bien brindarle un puesto diplomático.

Premiada la novela y en marcha los tejemanejes del editor con la censura, Cabrera Infante tuvo que ir a La Habana para el sepelio de su madre. Sería la última vez que visitara la ciudad de sus libros, muy poco de ella encontró allí, y ese poco y los muchos desencuentros pueden leerse en *Mapa dibujado por un espía* (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2013), la mejor de sus obras póstumas.

En La Habana de 1965 se vio obligado a permanecer más tiempo del que habría deseado y sintió la amenaza de no poder volver al mundo. Allí rumió su caída en desgracia, percibió zombis en quienes fueran hasta hace poco vivarachos habaneros, entrevió la muerte de una capital, y se dedicó a planear un libro bien distinto de aquel que enviara al Premio Biblioteca Breve. Porque el Ministerio de Información y Turismo dejaba prohibido *Vista del amanecer en el trópico* y Barral se mostraba dispuesto a publicar un libro distinto, bajo otro título.

La novela que cumple ahora medio siglo necesitó de la censura de un cortometraje, del cierre de un suplemento literario, de la encerrona en que se convirtió La Habana, así como de la censura franquista en dos versiones: antes y después de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966. De aquel libro original sobrevivieron un centenar de páginas y se escribieron unas trescientas nuevas. Para acceder a su publicación, la censura franquista cortó tetras en nombre de la moral católica, cortó alusiones a lo militar, una al deicidio y, lo más crucial, las frases finales. Y es en este punto donde el autor debió estar agradecido, pues ese corte consiguió mejorar el final del libro, dejándolo memorablemente en vilo.

“Ya no se puede más”, decía un personaje que iba a seguir su monólogo, pero el censor dio ahí mismo un chasquido de tijeras, y así termina la novela desde entonces. Lo que seguía resulta *pentimento*: cuando el autor alcanzó a recuperar su obra y añadió todo lo que le fuera expurgado (Seix Barral, 1997), respetó ese corte final. El final desechado, así como los otros cortes de la censura pueden leerse en la edición que anotaron Nivia Montenegro y Enrico Mario Santí (Cátedra, 2010), y es una lástima que el apéndice de esta nueva edición no incluya

la carta que Cabrera Infante dirigiera por recomendación de Barral al director general de Información, jefe de censores, de la cual Montenegro y Santí citan un fragmento.

La literatura clásica japonesa cuenta con un género novelístico llamado *ukiyo-zōshi*, que podría entenderse en paralelo con un género pictórico de la misma época (finales del XVII y buena parte del XVIII): el *ukiyo-e*, reconocible por sus grabados de cortesanas, actores de kabuki y luchadores de sumo. Igual que esos grabados, las historias del *ukiyo-zōshi* constituyen arte urbanita por excelencia. Cuentan vidas en los barrios de placer, vidas que flotan. “Libros del mundo flotante” es la más conocida traducción del término *ukiyo-zōshi*. El budismo está en el fondo de ese nombre, aludido, hasta donde sé, con ironía.

La rareza genérica de *Tres tristes tigres* lleva tan lejos como para permitirnos creer que es una de esas novelas japonesas de hace siglos. Igual que en aquellas historias, transcurre la fugacidad del goce y la belleza. La ciudad, vista desde un auto descapotable que parece salido de *La dolce vita*, está a punto de estallar. Es la vida reflejada, no en el espejo que recomendara Stendhal, sino en una pompa de jabón. Estalla la vida, estalla La Habana, y queda únicamente la posibilidad de reconstruir dónde pudo residir aquella gracia, en qué consistió, qué es lo que hacía tan hilarante todo. *Tres tristes tigres* resulta una preciosa caja negra, la caja negra de la juventud y de los días magníficos. Está escrita en cubano, como se advierte al inicio del volumen, muchas de sus páginas deben oírse antes que leerse, como también se avisa, y me permito agregar que, mejor que leerlas, han de releerse.

A la fragilidad, a lo flotante que puede encontrarse en su narración, esta edición añade documentación sobre su fragilidad y resistencia compositiva. Feliz cincuentenario.

(2017)

LOS LIBROS DE UNA SECTA CRIMINAL

Gastón Baquero fue el primer escritor exiliado cubano que conocí, y fue él quien me enseñó, cuando todavía faltaba una década para que dejara atrás mi casa en La Habana, cómo lidiar con los libros cubanos que podrían encontrarse en las librerías de segunda mano del exilio, en las librerías de viejo.

El piso donde Baquero vivía estaba atestado de libros, parecía la trastienda de un anticuario. Los estantes habían sido repletados del todo y columnas de libros estaban por cubrir aquellos estantes. Desde la entrada hasta el rincón de su butaca cruzamos un pasillo estrecho, más estrechado aun por los tomos apilados.

Había, según recuerdo, una o varias banderitas cubanas.

Había un retrato del general Antonio Maceo.

El viejo poeta me advirtió de un libro a punto de caerse como si se tratara del desprendimiento de una roca. Caminábamos por un desfiladero, y al final de ese desfiladero quedaba la butaca de todos sus días, en la cual leía y escuchaba música.

Para quien lo visitara había un asiento más pequeño. Dentro de un nicho cavado en las paredes de volúmenes, un moderno aparato de música y unas columnas de discos compactos. Años después, cuando leí la autoantología poética donde a cada poema suyo le corresponde una pieza musical, recordé aquel rincón.

La salud achacosa le impedía sentarse cómodamente, así que con la ayuda de varios cojines se mantenía casi en pie en su butaca. Baquero era alto, corpulento, con cejas y ojos de búho. Llevaba chaqueta y chaleco. El piso olía a libros viejos. Hablamos no, él habló. De todos los escritores del grupo Orígenes a los que alcancé a conocer, el único capaz de dialogar fue aquel que creía imposible cualquier diálogo, Lorenzo García Vega. Los demás, Baquero incluido, solo monologaban.

Habló esa tarde de historia americana, de héroes, de antiguas relaciones entre América y España. Me preguntó, y fue la única pregunta que hizo durante la visita, si conocía que mi apellido paterno era uno de los apellidos de Simón Bolívar. Cuando le contesté que sí, me avisó de que era por esa rama que le había llegado a Bolívar su familia negra. No mencionó en ningún momento a José Lezama Lima, quizás porque se daba por sobreentendido entre nosotros. No preguntó por sus antiguos colegas literarios que vivían en Cuba.

En un momento del monólogo, al referirse a la invasión de libros en el apartamento, comentó que en sus excursiones por librerías de viejo tropezaba a veces con libros publicados en Cuba, libros de cuyos autores no tenía la más mínima noticia, cuyos nombres no le decían nada. Así y todo, no dejaba de comprarlos, no podía dejar de comprarlos. Se los traía a casa aunque luego no fuera a leerlos, aunque desde el principio supiera que no los leería.

Por alguna razón que no entró a explicar, no sabría dejarlos abandonados allí, en una librería madrileña de segunda mano, expuestos a la falta de curiosidad de los demás. Era como si aquellos libros no pudieran encontrar otro lector que él, quien al final no iba a leerlos y se echaría atrás apenas los hojeara, rechazando tan burda propaganda.

Aquel hábito suyo no era achacable a curiosidad pues en la mayoría de esos libros cualquier curiosidad sería escarmentada. Lo hacía, supongo, por robinsonismo. Por la alegría de reconocer un objeto escupido por la marea, sin importarle cuán inservible fuera. Compraba aquellos libros del mismo modo que otros visitan las perreras municipales con el fin de salvar a unos perros tan desprotegidos como ellos mismos.

Al llevárselos a casa pasaba por encima de sus antipatías y de su aburrimiento. Era compasión lo que debía moverlo, una piedad por cualquier cosa que sus lejanos compatriotas imprimieran, sin importar cuán repugnante fuera el tema o la escritura o cuán pobre la gráfica.

Más que en las banderitas, más que en el retrato del general Maceo, lo profundamente nacionalista de su biblioteca estaba, no en las obras cubanas admirables que mencionara en su monólogo, sino en unos títulos prácticamente desconocidos, de

autores opacos, a los que, pese a todo, cobijaba. Esos títulos venían a confirmar que aquella era la biblioteca de las mareas y de los derelictos, el exilio.

Una década después de mi visita, fallecido ya Gastón Baquero, me tocó repetir sus expediciones por librerías madrileñas de viejo. Me tocó tropezar con unos libros publicados en Cuba. Podía distinguirlos a simple ojeada entre montones de otros títulos, los veía antes de verlos. Eran, no otra vida posible como debieron serlo para Gastón Baquero, sino mi pasado. Porque lejos de aquí, océano por medio, en otras librerías, esos libros y yo nos habíamos visto las caras. Tal como soy capaz de detectar en medio de una multitud a quien lleve el rostro del comandante Guevara en su ropa, podía descubrir por el lomo a cualquier librito cubano que intentara escurrirse de incógnito.

Lograba verlos, al lomo y a la camiseta guevarista, con el octavo o noveno sentido, aquel que sirve para detectar erratas. A diferencia de Baquero, yo no alcanzaba a mostrar compasión. Ni siquiera iba a compensarme abrirlos y mirar dentro y ver toda la porquería que sus páginas contuvieran. La superioridad que podría sacarse de un asomo de lectura así no valía la pena. De modo que los evitaba y todavía, al encontrármelos, sigo evitándolos. Igual que evito a cualquiera que lleve el rostro de Guevara, por joven e ignorante e ingenuo que pretenda ser.

No es que no compre esos libros, es que ni los hojeo. Con una sola excepción: la de José Martí.

Los de Martí son, evidentemente, los libros de una secta. Ninguno de ellos prescinde de un estudio preliminar y de notas, han sido organizados por una filología política. Conozco bien la secta que los ha ordenado y no termino de aceptar el hecho de que la más inesperada frase necesite de explicaciones tan groseras, empeñadas en abotagarla, en despojarla de cualquier felicidad que no sea utilitaria.

Son libros de una secta criminal, hechos para justificar crímenes de Estado. Se imprimieron para justificar la complicidad de José Martí con Fidel Castro, para propiciarle una coartada a este último. Constituyen los pasos previos a ese arreglo funerario en el cual la tumba monolito de Fidel Castro se encuentra lo más cerca posible del mausoleo donde reposa Martí.

Me tropiezo con alguno de ellos, los intuyo antes de haberlos visto, los agarro, los abro al azar y me asomo a lo irrespirable. A un lugar de crimen cerrado durante mucho tiempo y corrompiéndose. Y, aun cuando son hallazgos que deberían resolverse en una risotada, no consigo nunca soltarla.

Hay ocasiones en que me sobrepongo por puro pragmatismo. ¿De qué otro modo podría conseguir aquí, agrupado en un volumen manejable, todo lo que José Martí escribió sobre el Caribe? Paso entonces por encima del aparato crítico que ciñe sus textos, acepto del mejor modo posible la estupidez y la mediocridad, y me dispongo a escuchar cuantas mentiras quieran contarme a cambio. Me lo llevo a casa sabiendo que será un huésped tóxico. No servirá para la relectura, y únicamente conseguirá salvarse gracias a alguna que otra consulta, bueno únicamente para lecturas de punción.

Son otras, por tanto, las ediciones en las que alcanzo a leerlo. Me fío para ello de editores extranjeros, no cubanos. De editores no pertenecientes a la secta. Sus compilaciones cargan prólogos también, pues un autor así se diría necesitado siempre de avisos previos, de alguien que garantice que lo que va a leerse a continuación es literatura. La ventaja es que esos prólogos no establecen complicidades políticas, no les forjan misión actual a sus escritos. No va a salir de allí ninguna república pendiente, no cabría imaginar un gobierno capaz de basarse en tales antiguallas. En caso de que esos escritos tengan consecuencias, habría que buscarlas en el ánimo del lector.

Solo así consigo leerlo todavía. Su ensayo sobre Emerson, por citar un ejemplo, alcanza a convertírseme en incomprensible. No acabo de entender a dónde procura ir, ni qué puedan querer decir esas frases que no terminan de suceder una a la otra, que no acaban de cerrarse ni de abrirse, abriéndose y cerrándose todas al unísono.

Es a ese punto de no comprensión al que debe aspirarse en la relectura, según creo, y llegar a él, más en el caso de un escritor tan vapuleado como José Martí, está entre los estados de lectura más insostenibles que puedan alcanzarse.

(2018)

EL ASESINO DE TROTSKI EN UNA FERIA DE LA HABANA

Uno de los eventos más concurridos, si no el que más, de la última Feria Internacional del Libro de La Habana fue la presentación de la edición cubana de *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura. (Dos años antes, la novela había sido publicada por la editorial barcelonesa Tusquets, que acaba de editarla en formato de bolsillo.) El autor no podía ocultar su felicidad. Confesó que aquella era “una tarde donde se rompen mitos y se cumplen sueños”.

Al hablar de sueños se refería a las pilas de ejemplares a la venta. Mitos rotos eran, al parecer, las muchas advertencias que recibiera acerca de la imposibilidad de publicar en Cuba ese libro.

“Cuando escribía esta novela”, recordó, “y después, cuando la terminé, muchas personas que la leían o yo les hablaba de ella me decían: ‘Ese libro no se va a publicar en Cuba’. Y yo insistí en algo que me parecía que era muy importante: la forma en que estaba escribiendo este libro”.

Allí estaba, contra tantos pronósticos, el volumen de Ediciones Unión. Un Premio Nacional de Literatura —Reynaldo González— y un diplomático —Raúl Roa Kourí— hacían de padrinos del libro. Al menos un viceministro de Cultura sonreía desde la primera fila del público.

La confianza en ese medio millar de páginas había salvado a Leonardo Padura de los malos augurios: “Es una historia escrita desde el sentimiento, la experiencia, la cultura, la participación, y desde la vida cubana, para las personas que, como ustedes, comparten esa experiencia, esa vida, esa existencia cubana durante todos estos años”.

La edición fue posible gracias a todo cuanto había pensado él en sus lectores compatriotas. No dijo Padura si entre esos lectores había incluido a los comisarios políticos.

Los hombres que amaban a los perros

Tres son los hombres que aman a los perros en esta novela: Trotski y quien va a ser su asesino —Ramón Mercader— y el confidente de Mercader, Iván Cárdenas, editor de una revista habanera de veterinaria y, a la larga, veterinario improvisado. Sus tres biografías se entrelazan a lo largo del volumen, así como se entrelazan tres revoluciones: la rusa, la española (o los intentos de forjarla dentro de una guerra civil) y la cubana. *El hombre que amaba a los perros* es una de esas ambiciosas novelas que pretende abarcar todo el siglo XX.

En sus primeras páginas Trotski inicia los caminos del exilio: Siberia, Turquía, Noruega y México, donde será asesinado. Mercader, que adoptará diversos nombres a lo largo del libro, recibe en el frente de la sierra de Guadarrama la visita de su madre, que trae una propuesta del alto mando soviético en España. Propuesta que, como luego sabremos, viene del propio Stalin.

Ramón Mercader la acepta, y su vida cambia rotundamente. Se entrega a una lucha cuyas pomposas justificaciones le ayudarán a soportar la traición de Moscú a los republicanos españoles, el pacto entre la Unión Soviética y la Alemania de Hitler, la cohabitación con una mujer sin atractivo alguno, el crimen, la cárcel mexicana, el Moscú de los sesenta y, al final de su vida, cuatro años en La Habana, donde acostumbra a pasear sus dos borzois por una playa.

Trotski, quien tuvo uno, fue quien le recomendó esos galgos rusos. Cada asesino ha adoptado de su víctima la predilección por tales perros: Mercader de Trotski, Trotski del zar y la aristocracia rusa. (Los borzois de Mercader pueden verse en el filme de Tomás Gutiérrez Alea *Los sobrevivientes*. En una de las escenas iniciales, Enrique Santiesteban, en el papel de Marqués de Peña Seca, camina por los jardines de su mansión, lo acompaña la música compuesta por Leo Brouwer, y los borzois de Ramón Mercader corren a su encuentro.)

Para la historia de Trotski, Leonardo Padura debió guiarse por una ingente bibliografía. La prosa corre en esas páginas con efectividad, sin llamar la atención, como la de un historiador no demasiado memorable. En cambio, las peripecias de Mercader y de Iván Cárdenas, que le exigían mayor trabajo de invención, contienen numerosos desaciertos.

En la prosa que escribe Padura el joven Mercader se siente atraído de este modo por una camarada: “sobre todo lo atraparon sus ideas de mármol y su empuje telúrico: África de las Heras parecía un volcán en erupción que rugía su permanente clamor por la revolución”.

No será este el único retrato femenino a la tremenda (y consonantado) del libro. Porque, páginas después, cuando Mercader haya cobrado una nueva personalidad y vuelva a tropezarse con su madre, “su nueva identidad se removía con la sola presencia de aquel alarido que respondía al nombre de Caridad del Río”.

Tan novelescos nombres —África de las Heras, Caridad del Río— no son achacables al novelista: resultan escrupulosamente históricos. Representar a esos personajes como alaridos o volcanes sí que es cosa suya. Así como explicar de esta manera el sistema endocrino de Ramón Mercader: “Como cualquier joven con las hormonas cargadas de dinamita, se impuso merecer la atención de la muchacha, y se lanzó tras ella a la más trepidante vorágine política”.

En este y otros libros de Padura, la intimidad recalca casi siempre en lo maniaco. Un protagonista suele arrojarse en sus pensamientos, cae sobre su cabeza “un cúmulo de sensaciones ardientes”, “su organismo en flor siempre estaba dispuesto”, da besos con furia, se hunde “en la reverdecida espuma de su libido” y, después de toda esta dinámica, arriba a “la consumación del deseo”.

Tampoco Trotski se libra de atenciones de esta clase y, a propósito de sus amoríos con Frida Kahlo, puede leerse: “el duende pervertido de la virilidad se había desatado en elucubraciones descarnadas”.

Por su parte, el tercer protagonista del libro, Iván Cárdenas, se mostrará capaz de proferir esta cursilería: “vi salir por la ventana del apartamentico de Lawton el pájaro azul de la última ilusión”.

Lo sentimental cobra en Padura formulaciones de novelita pornográfica o rosa. El autor recurre a una filosofía de kiosco: “la dimensión exacta de su insignificancia cósmica ante la potencia esencial de lo eterno”. O a psicologismos de radionovela: “Desde esa noche, yo viviría durante varias semanas escorado en el pantano de la contradicción, sintiendo cómo me hundía en el lodo de mi egoísmo”.

Pero quizás estos sean detalles en los que apenas reparan sus lectores, quizás muchos lectores suscriban ideas no muy distintas sobre lo sublime. En cualquier

caso, quienes leen a Leonardo Padura no buscan sutilezas amatorias o filosóficas, sino casos policiales, y *El hombre que amaba a los perros* contiene el asesinato de mayor importancia del cual se haya ocupado este autor.

Varias geometrías abortadas

Una novela suya anterior, *La novela de mi vida*, prometía un paralelo entre la intolerancia del capitán general Tacón, en el siglo XIX, y la intolerancia revolucionaria de los años setenta. José María Heredia y Fernando Terry, cada uno en su siglo, eran delatados y tenían que marcharse al exilio. Aunque poco después de la salida de Terry arribaba una carta oficial salvadora, señal de que habría podido recomenzar vida en el país.

Desafortunadamente, aquella comunicación no lo alcanzaba. La tragedia podía consistir, no tanto en la intolerancia del régimen, como en la impaciencia de un sancionado. Se echaba en falta en Terry esa convicción de víctima encontrable en tantos personajes de Kafka. Y, por descontado, el capitán general Tacón nunca había hecho gala de delicadeza semejante. Para Heredia nunca hubo carta salvadora.

Después de sugerir un paralelo entre dos épocas, Padura procuraba disuadir de cualquier lectura contemporánea. Aclaraba en las páginas finales que el oficial que hostigara a Fernando Terry había terminado expulsado de las fuerzas de Seguridad del Estado. Lo cual venía a demostrar que el intolerante no era el régimen, sino un díscolo con saña indebida. La historia era endulzada para comisarios: dentro de la revolución llegaba siempre una comunicación salvífica y el corrupto terminaba castigado. Todo era cuestión de esperar. Un día o cincuenta años.

A semejanza de *La novela de mi vida*, *El hombre que amaba a los perros* termina por desestimar la propuesta geométrica que establece al inicio. La novela frustra un ejercicio de intersección que prometía ser excelente. En ese ejercicio, el asesino de Trotski se acerca a un desconocido, Iván Cárdenas, para confesarse. El encuentro ocurre en una playa habanera y supondría la intersección del estalinismo, que utilizó a Mercader como brazo armado, y del castrismo, que lo acoge como huésped. Pero Padura huye de una posibilidad así y, aunque menos torpemente que en su libro anterior, se apresura a desdibujarla. Intenta que esta

pregunta de Trotski citada por él no haga metástasis en la revolución cubana: “¿la dictadura fue una necesidad histórica insoslayable, la única alternativa del sistema?”.

Concluida la novela sabemos por qué Trotski se estableció en México, por qué Stalin ordenó matar a Trotski, por qué Mercader hizo de esbirro, pero desconocemos las razones que llevaron a Mercader a Cuba. Y no es que la cuestión no aparezca en varios momentos, sino que aparece como pregunta retórica, que no aguarda respuesta. O más exactamente, como pregunta horrorizada de encontrar respuesta.

Nada se conjetura acerca del acuerdo entre partidos comunistas que tuvo que existir para que Mercader fuese a La Habana en 1974. ¿Qué simpatía pudo despertar en las autoridades cubanas el asesinato de Trotski para que terminaran facilitándole la vida, con chofer incluido, hasta su fallecimiento? ¿Qué complicidad con Moscú obligó al gobierno cubano a aceptar tal desecho radioactivo del estalinismo?

A nada de esto contesta Padura. Nada de esto se pregunta en su novela. Pese a su fama de buen cronista periodístico, olvida hacer la averiguación primordial. Pese a su fama de novelista policíaco, se despreocupa del enigma.

Luego del asesinato de Trotski, *El hombre que amaba a los perros*, bien estructurada hasta entonces, se lee como una sucesión de epílogos que la hacen perder brío. Los paseos moscovitas del viejo Mercader junto a su antiguo tutor de la inteligencia soviética producen diálogos de mala novela histórica. Ambos recuentan sus campañas como historiadores, no como antiguos participantes. El develamiento de la biografía de Mercader se hace rebuscadísimo al exigir, además de los encuentros con Iván Cárdenas, un libro recibido misteriosamente, un manuscrito de Mercader en herencia y un narrador emergente que lo refiera todo. A lo que habría que agregar la frustración de la vocación literaria de Iván Cárdenas.

Hipocondría y meteorología

Porque, años antes de coincidir con el hombre que pasea a los borzois, Cárdenas sufrió un encontronazo con la censura política a propósito de su primer

y único libro publicado. A causa de ello, abandonó la escritura, y esa vocación frustrada equivale en su biografía a la muerte en la de Trotski, al crimen en la de Mercader.

Padura reserva para la narración de estos hechos el mismo tono lamentoso que puede encontrarse en *La novela de mi vida* o en la serie del investigador Mario Conde. Cuando trata de tiempos cubanos más o menos recientes, las formulaciones a medias, el temor a rastrear causas y el pánico a otorgar responsabilidades lo inclinan a crear un ambiente lastimero, de autoconmiseración general. Es el horror que no osa decir su nombre. Con tal de ahorrarse averiguaciones riesgosas sobre el mal, el novelista convierte en pobres diablos a todos sus personajes.

Lo político resulta aclarable en La Habana de Tacón o en el Moscú de Stalin. En la Cuba posterior a 1959 esas aclaraciones se hacen hipocondría y meteorología. Algo anda mal, y habrá de ser cosa del metabolismo o del clima. La responsabilidad política se volatiliza (de ahí el huracán con que se inicia esta novela y los ciclones y tormentas de otras) o se encona: la úlcera de Mario Conde, la enfermedad terminal de la esposa de Iván Cárdenas... Chacharear con delectación de inválido sobre dolencias y corrientes de aire permite no caer en el diagnóstico, no enunciar las causas. Un hábito francamente contraproducente cuando el autor aspira a la novela de ideas.

(La relación entre clima político y meteorológico circuló hace unos años como parlamento de una pasajera, anciana y negra, en una guagua de La Habana: "¡Qué calor hace en este gobierno!". Frase con equivalente en el refranero italiano: "*Piove, porco governo*".)

Igual que Trotski y que Mercader, Iván Cárdenas ha sido aplastado. Su caso, sin embargo, queda a medio investigar. Despierta interrogantes de poquísimo alcance, y ni siquiera el propio personaje parece sentir curiosidad por su vida. De manera que resulta depositario del secreto del anciano asesino y es incapaz de sacar de ese secreto las debidas conclusiones. No se atreve (varias veces alude al miedo) a extender hasta él mismo aquella historia.

Ramón Mercader e Iván Cárdenas se cruzan defectuosamente, no por lo inverosímil que puedan parecer sus encuentros o la confesión que media entre ellos, sino por lo infecundo de sus resultados. Tal como hiciera ya en *La novela de mi*

vida, Padura desvía la atención del problema esencial. Distrae a sus lectores con el escándalo de que en Cuba fue ocultada la terrible historia del comunismo, y deja incontado el escándalo de cuánto se repitió (y repite) allí esa misma historia.

A propósito de Mercader, la madre

¿Qué iba a hacer Leonardo Padura si quería publicar su libro dentro del país, si quería cumplir el sueño de aquella tarde en la Feria? No era recomendable entonces que formulara preguntas incómodas (así y todo, la novela contiene varias), habría de ser cuidadoso en sus investigaciones.

En tanto autor, Padura hizo algunas concesiones que le trajeron satisfacciones de distribuidor. Sacrificó expresividad literaria por dotar a su novela de una tranquilizante circulación nacional. Y después de traicionar a sabiendas la historia que contaba, pudo presumir de ello. Solamente así alcanza a entenderse su confianza en que “la forma en que estaba escribiendo este libro” le proporcionaría edición en el país.

Sin embargo, podrá convenirse en que la novela habrá de ser útil a quienes desconozcan en Cuba la verdadera historia del comunismo soviético. Y el autor no habría podido alcanzar a ese público de no haber apaciguado (que no complacido) a los censores. Pero una justificación así podrá valer para sociólogos, no para la crítica que se muestre más interesada en la formación de un libro que en la formación de un público.

En la nota de agradecimiento publicada al final de su novela, Leonardo Padura reconoció su intención de novelar cuán traicionada fue la gran utopía del siglo XX. Entendida de este modo, *El hombre que amaba a los perros* es la novela traicionada de una utopía traicionada.

En coincidencia con su publicación, el autor hizo algunas consideraciones sobre la actualidad cubana en diversas entrevistas. A juicio suyo, la impronta del estalinismo en Cuba fue principalmente económica, no política. Cuba no es un paraíso ni un infierno, sino un purgatorio. Y los cambios por venir atañerán también a los de arriba, dijo refiriéndose a burócratas que “tratan de conservar determinados privilegios y prebendas pequeñísimas y casi ridículas”. (No parecía hablar, a juzgar por las prebendas, del clan Castro y de otros clanes adyacentes.)

Esa tarde de la Feria del Libro de La Habana se mencionó mucho a Stalin y Trotski, y poquísimos a Mercader. Era una presentación de *Crimen y castigo* que no consideraba el caso de Raskólnikov. En su papel de presentador, Raúl Roa Kourí reconoció que el asesino secreto había vivido unos años en Cuba, pero no ofreció más noticias. Se extendió, sin embargo, sobre la madre de Mercader, a la que descubrió una vez entre el personal de una embajada cubana. (Guillermo Cabrera Infante, autor de varias parodias del asesinato de Trotski en *Tres tristes tigres*, escribió sobre ella en el servicio diplomático cubano. La entrada de Caridad del Río en la novela de Padura es uno de los mejores momentos del libro. Tiene algo de la Milady dumasiana, y esa entrevista con su hijo en la Sierra de Guadarrama da la medida del buen escritor de aventuras que Padura podría ser.)

Roa Kourí llegó a protestar en cancillería por la presencia de aquella mujer en una embajada. No así por el refugio del asesino en Cuba, o al menos no hizo mención de ello.

La anécdota sobre la madre era tal vez el mejor pretexto para no adentrarse en la estancia cubana del hijo. Él no hacía más que repetir, como presentador, las tácticas de simulación de la novela. Tuvo cuidado de desmarcarse de cualquier lectura en clave nacional de *El hombre que amaba a los perros*, y dedicó alabanzas al proceso de cambios liderado por Raúl Castro. Ratificó unas palabras de Fidel Castro que hacían equivaler revolución, socialismo e independencia nacional. Cifró sus esperanzas en el próximo congreso del partido único.

En una de las entrevistas de esos días, Leonardo Padura anunció que su próxima novela traerá de vuelta a Mario Conde. La historia comenzará en el taller de Rembrandt, adelantó.

(2011)

VÍCTOR FOWLER SE SUBE AL FLECHA ROJA

Víctor Fowler es un buen ensayista al que le interesan la actualidad, las relaciones entre arte y sociedad y política. Es capaz de incomodar a las autoridades cubanas y de incomodar también a quienes piensan que no deberían ser esas las autoridades. Integrante de Cuba Posible, al igual que otros miembros de ese “laboratorio de ideas” asume la condición de “oposición leal”. Pero hasta ahora no lo conocía como practicante del realismo socialista.

Un artículo suyo en la última edición de *La Jiribilla* cuenta su viaje a Santiago de Cuba en el séquito del ministro Abel Prieto, en ocasión de la Feria del Libro. “Como parte de un grupo de escritores y artistas que, acompañando al ministro de Cultura, viajó al otro extremo de la isla”, explica.

Tengo conmigo, en su edición neoyorquina de los años 30, la traducción al inglés del libro que Fowler podría estar siguiendo como modelo: *Belomor: An Account of the Construction of the New Canal Between the White Sea and the Baltic Sea*. En él una treintena de escritores soviéticos bajo la dirección de Máximo Gorki narra el viaje por los campos de trabajo del canal Belomor. Una efusividad como la siguiente cabría en sus páginas: “Santiago apareció ante mis ojos como el escenario de una batalla épica y simbólica, cósmica y trascendente, batalla de la ciudad y del país, de la nación y de la Historia”.

En la primera mañana, la delegación liderada por el ministro Prieto visita el cementerio de Santa Ifigenia. “No pude sentir tristeza delante de la sólida piedra en cuyo interior está el nicho con ese simple nombre, Fidel. Aquí cada uno de los detalles es parte y fluye hacia un poderoso mensaje global”, reconoce Fowler. Los redactores de *La Jiribilla* (y el ministro como verdadero destinatario del texto) se habrán sobresaltado por la atonía del autor, incapaz de tristeza precisamente

allí. Aunque habrán tenido contentamiento enseguida, gracias a esa alusión a un global y poderoso mensaje.

Fowler entiende las relaciones entre Castro y Martí como pura fluidez de transmisión, consecución y desarrollo. Uno es “seguidor, alumno, hijo” del otro. Alza la vista hacia las montañas, y los dos sepultados allí coinciden en haber subido a ellas. Cita de inmediato a José Lezama Lima, una frase acerca del poderío del artista, lo cual inclina a pensar que comprende la relación Castro-Martí como si de dos autores literarios se tratara.

Concluida la visita al cementerio, le queda el encuentro con las autoridades provinciales. Pasearse por la calle Enramada con la presidenta del Poder Popular le parece un “regalo especial”. En el Campo de Marte, un grupo de niños se abalanza hacia el primer secretario Partido Comunista de Cuba (PCC) y casi lo tumba, lo cual hizo que me preguntara dónde había leído hace poco un episodio semejante. No en *Belomor...*, sino en estas declaraciones de Aleida Guevara, la hija de Ernesto “Che” Guevara: “Fue la primera vez en mi vida que sentí miedo, miedo de verdad, de morir ahogada porque en una escuela de 800 muchachos, más o menos 600 se me tiraron encima para besarme y aquello era un tumulto de muchachos encima”.

A juzgar por este par de ejemplos, se impone un realismo socialista querendón, de asfixia por cariño. Con fotos, con *selfies*. Cuenta Fowler que los padres de los niños “tiraban con sus celulares fotos del divertido grupo”, la gente pedía hacerse *selfies* con Abel Prieto. El resto del artículo se va en cursilerías de crónica social: “apoteósico” homenaje, “impresionante complejo monumental”, “conmoveror” documental, “magnífica sala de teatro”, “hermosa galería del artista Alberto Lescaj”, el exministro Armando Hart como alguien “al que los santiagueros recuerdan con cariño especial”...

Igual que aquellos escritores que una mañana de 1933 subieron al Flecha Roja rumbo a Belomor, Fowler aprecia en Santiago de Cuba un futuro palpitante. Las dificultades existen, pero caben en algo menos que un párrafo: “Claro que nada de lo anterior implica que la existencia sea fácil o haya que olvidar deficiencias o necesidades, pero me alcanza para sentir el fluido de las cosas vivas en barrio, ciudad y país”.

Meses antes de que el grupo de escritores soviéticos emprendiera aquel viaje en tren, Gorki había reunido a algunos de ellos con Stalin. “La producción de almas humanas es de suma importancia”, declaró entonces el líder, y alzó su copa: “¡Brindo por ustedes, escritores, ingenieros del alma!”. Ya sin fe (o con poca) en una ideología, sin lágrimas ante la tumba y reflejándose todo en la pantalla de los teléfonos, quedan aún ingenieros del alma. Eso es Fowler en su texto y eso procura el ministro de Cultura con sus giras propagandísticas.

“A lo largo de este cuarto de siglo he visto a la ciudad resistir y no destruirse, soportar el golpe severo de un huracán cuya fuerza y efectos los habitantes desconocían, luchar para recuperarse y, sobre todo, dar el ejemplo de ese acto bello que es perseguir la belleza”, resume Fowler. Metido a ingeniero del alma, busca hacer un artista del difunto Fidel Castro, volver seductores a dirigentes provinciales y lograr de cada santiaguero un esteta. Descontados los efectos morales, lo malo de esta operación de estetización de lo político es cuánto menoscaba la literatura. La de Víctor Fowler, digo.

(2017)

PUTINIZACIÓN DEL ARTE CUBANO

La Bienal del Deshielo, han llamado a la bienal de arte contemporáneo concluida hace unas semanas en La Habana. El mercado estadounidense se volcó en ella y muchos artistas cubanos residentes en el extranjero volvieron al país para exponer sus obras. Con la legitimación que el arte contemporáneo presta a ciertos gestos, hubo un doble de Obama paseándose por la ciudad, una playa de arena en pleno Malecón y un ícono de Facebook del tamaño de las vallas de la propaganda oficial.

La han llamado Bienal del Deshielo, no solo por ocurrir en medio del restablecimiento de relaciones entre Cuba y Estados Unidos, sino también porque los artistas intentaron dar un empujón a esas negociaciones y acelerar la historia. Así, el paseo de Obama fue una premonición del viaje que el presidente prometió para cuando termine su mandato. Sombrillas y tumbonas sobre la arena descargada en el Malecón resultaron un avance de las transformaciones urbanísticas por las que tendrá que atravesar La Habana. Y la señal de Facebook sugirió un acceso a internet como el que no existe hoy en Cuba.

Políticamente imaginativos como pueden parecer, los artistas participantes en la Bienal fueron incapaces de inventar una defensa de las libertades artísticas y civiles, e hicieron silencio ante la censura y la represión de su colega Tania Bruguera, quien había vuelto al país meses antes con el propósito de realizar una performance en la Plaza de la Revolución. Era su manera de acelerar el deshielo: instalar un micrófono donde solo se ha escuchado el monólogo oficial y permitir a cualquier ciudadano expresarse. Seguridad del Estado no dejó que llegara a la plaza, cargó con ella, le retiró su pasaporte y desde hace más de medio año la mantiene en un limbo jurídico, en la isla como cárcel.

Llegada la bienal, Bruguera se sumó también a la gestualidad invocatoria. Empezó la lectura en voz alta, en la sala de su casa, de *Los orígenes del totalitarismo*, de Hannah Arendt. Invitó a sus colegas y a todos cuantos quisieran acompañarla, y apenas acudieron artistas plásticos cubanos. (En el momento del cierre, cuando mayor era el peligro, se encontraban allí Levi Orta y el crítico y curador Gerardo Mosquera.)

Quienes sí se presentaron fueron los oficiales y la gentuza amenazante que Seguridad del Estado disfraza de pueblo, que la sometieron a un acto de repudio. Invitada como fue a varias inauguraciones de sus colegas, Tania Bruguera descubrió que tenía prohibida la entrada a galerías y museos. Ante esto, ninguno de los que la invitara protestó. Ninguno descolgó sus piezas, se retiró o hizo pública una queja.

Este desentenderse ante violaciones de derechos elementales no es, por supuesto, exclusividad de las artes plásticas cubanas. El pasado diciembre, durante el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, fue censurado el filme francés *Regreso a Ítaca*, y Leonardo Padura, autor del guion basado en una novela suya, pidió al director Laurent Cantet que no chistara y también calló él. Y cuando un grupo de gente de cine condenó públicamente la censura y Cantet les agradeció en una carta, Padura mantuvo su silencio. Se inventó la figura del censurado que evita asociarse con quienes se arriesguen a defenderlo.

Todas estas señales parecen indicar el surgimiento de una nueva clase de artistas en la cultura cubana. Residentes fuera o dentro del país, gozan de solvencia económica suficiente como para no depender del régimen, cuentan en su mayoría con otra nacionalidad que los ampara y, no obstante, se comportan como si ninguna lección de libertad extrajeran de esas ventajas. Defienden sus privilegios económicos por encima de la suerte de cualquiera, incluso (como puede verse en el caso de Padura) por encima de su propio trabajo.

Llevar sus cuadros a Cuba o publicar allí sus libros en beneficio de la gente que lee y asiste a las exposiciones, no para congraciarse con el régimen. Al menos, eso dicen. Sin embargo, la falta de escrúpulos no tarda en hacerlos cómplices de las autoridades, y con sus silencios garantizan la buena marcha de la

censura y de la represión. Son figurantes y protagonistas de unas fiestas del arte donde, en el fondo, machacan siempre a alguien.

Dispuestos a apresurar el futuro, estos artistas ayudan a configurar una relación con el poder político muy semejante a la que un régimen como el de Vladimir Putin sostiene con el mundo del arte. A diferencia de Putin, Raúl Castro no necesita desembolsar demasiado para comprar artistas. Se vale del mercado estadounidense y su apetencia por descubrir Cuba. Toda una flota de galeristas estadounidenses desembarca en La Habana y, no importa dónde residan ni cuán bien les vaya, los artistas cubanos vuelven al país. Pues se entiende que arte cubano es lo que se compra en la isla, *in situ*, por el valor añadido del genio del lugar. Arte cubano es lo comprado como *souvenir* de un momento histórico, y el régimen saca tajada por poner el local, que es su isla, y deduce de esas transacciones un compromiso de docilidad de los artistas.

Terminada la Bienal, tras leer en voz alta a Arendt en La Habana, Bruguera ha empezado a investigar para futura obra suya la represión contra los opositores políticos en Cuba. Detenida en varias ocasiones y golpeada por las fuerzas de Seguridad del Estado, pueden llevarla a juicio en cualquier momento, a uno de esos juicios decididos de antemano. Es bastante improbable que sus colegas alcancen entonces a apoyarla, concentrados como están en el proceso de putinización del arte.

(2015)

LOURDES GONZÁLEZ, CENSORA Y CUENTAPROPISTA

Hace dos años, *Hypermedia Magazine* publicó unas memorias del narrador y ensayista Alberto Garrandés en las que aludía a su lucha contra la censura política y revestía de dignidad su desempeño como editor-jefe de narrativa en la editorial Letras Cubanas. Yo había denunciado en La Habana la censura impuesta por Garrandés a una novela de Atilio Caballero y, viendo cómo años después él se dedicaba al lavado de su biografía, respondí a esas memorias.

En un par de artículos (publicados también en *Hypermedia Magazine*) hice ver que Garrandés no solamente había silenciado uno que otro libro, sino que había vejado las obras de Reinaldo Arenas y Guillermo Cabrera Infante, incluyéndolos en una antología en homenaje al cincuentenario del régimen revolucionario sin importar lo contrarrevolucionarios y exiliados y censurados que fueran. Él no contaba con los derechos de publicación, pero Arenas y Cabrera Infante habían fallecido, y no dudó en sumarlos a la campaña propagandística encargada por sus jefes.

Alberto Garrandés protestó débilmente a mi primer artículo y luego hizo silencio. Y ahora, en las antípodas de aquellas memorias tergiversadoras, *Hypermedia Magazine* publica una entrevista donde la poeta y editora Lourdes González no oculta que censura.

Cacica editorial holguinera, González reconoce que practica, practicó y practicará la censura. “Desde que dirijo la editorial he censurado todo lo que como directora de una editorial debo censurar”, contesta a una pregunta del entrevistador. “Sí, todo. Pero, además, eso jamás me ha quitado el sueño. Siempre he dormido muy bien, muy cansada, extenuada de un día fatigoso. No solo he censurado, sino que seguiré haciéndolo. Es una de mis labores”.

Y para dejar claro que se refería a la censura política, agrega: “También la mala calidad la he censurado siempre con mucho ahínco. Lo seguiré haciendo”. Es decir, ella veta lo que haya que vetar por razones políticas y, como cualquier editor en cualquier editorial del mundo, vela por la calidad literaria.

Durante décadas la censura de la literatura cubana descansó en su soberbia ideológica. Operaba con celo de utopista, en nombre de la sociedad futura que describían los discursos oficiales y que anunciaba la vulgata marxista-leninista. No ofrecía explicaciones, nadie llegaba a pedírselas, y apenas dejó ejemplos de comisarios políticos explayándose. Uno de ellos, de fines de los años 70, incluía a Alfredo Guevara declarando a jóvenes intelectuales de la llamada Comunidad Cubana en el Exterior los motivos para censurar a Virgilio Piñera.

Con el paso del tiempo, la censura fue perdiendo vigor ideológico y sus razones se redujeron a los de un achicador ante una vía de agua. Si antes los comisarios no daban la cara, menos lo harían ahora, faltos de mística. Es por eso que resulta tan interesante, no solo que alguien reconozca hoy la práctica de la censura, sino que aporte argumentos para su legitimación.

Lourdes González combina sus servicios al oficialismo con un pequeño negocio propio. Tuvo una paladar y ahora renta una habitación de su casa. Es, además de comisaria política, cuentapropista. De sus negocios propios ha llevado y lleva cuentas, y le toca amarrarse a un presupuesto en la editorial que dirige. No es, por tanto, una desconocedora del funcionamiento empresarial. Conoce, al menos, rudimentos de economía, y su legitimación de la censura es economicista.

“El libro en Cuba no es autofinanciado, es presupuestado. Son cosas que a la gente se le olvida”, afirma.

Si su frase sobre cuánto ha censurado y cuán dispuesta está a seguir censurando remite a la del comandante Ernesto “Che” Guevara sobre la persistencia de los fusilamientos, esta última recuerda aquel lema interno de una campaña electoral de Bill Clinton: “Es la economía, estúpido”.

González ha encontrado la raíz económica de la censura política. La gente no lo sabe o se le olvida, pero ella lo tiene claro. No del todo, sin embargo. Porque es de suponer que cuando habla de una actividad presupuestada estará refiriéndose a una actividad subvencionada, a la que la administración pública

apoya con dinero pese a no ser negocio que arroje ganancias. Y si era eso lo que quería decir, esta es su lógica: el hecho de que la industria del libro en Cuba sea de propiedad estatal y el precio de los libros resulte barato por subvencionado, autoriza a prohibir obras y autores. El Estado lo paga todo y, por tanto, tiene todo el derecho a imponer las leyes del juego. Es la economía, estúpidos.

De esta argumentación que gira alrededor de más o menos gratuidades, se ha abusado muchísimo a propósito de la salud pública y la educación. Es chantaje muy gastado ya. Y falso: supone que el Estado es quien crea la riqueza que luego distribuye, y pasa por alto las evidencias de que lo barato del libro va combinado con bajísimos sueldos, restricciones alimentarias, doble moneda, decrepitud de las ciudades, impuestos indirectos sobre artículos de primera necesidad, ventajismo cambiario, jubilaciones miserables y un largo etcétera de penurias.

No es el Estado, sino la población, quien crea riqueza y quien permite crear riqueza a partir de la miseria en que vive. Es la población trabajadora, y no el Estado, quien asegura que el libro sea barato. Contrario a lo que Lourdes González sostiene, no es que exista censura porque el Estado tiene a su cargo la industria editorial, sino que el Estado se hizo cargo de la industria editorial para imponer totalmente la censura. Y veta autores y libros, no por imperativo económico, sino por la única legitimación con que cuenta, que es la fuerza bruta. Así, censura del mismo modo que se organizan actos de repudio, se arrastra a Damas de Blanco, se carga con los manifestantes Lgbti o se impide entrar al país a los cubanos que resultan incómodos. Por puro ejercicio del poder. Para no perderlo.

El restaurante que alguna vez ella tuvo se llamó “Paradiso”. Le puso así por la novela lezamiana. “Sigo siendo literaria incluso en mis negocios”, se halaga a sí misma. Pero resulta tan literaria como esa moda oficialista que se cobija en autores antiguamente censurados y que da la medida del vacío ideológico en que esos comisarios se mueven. Faltos de leyendas propias, no tienen más alternativa que aprovechar la mansión y el prestigio de una Dulce María Loynaz, por ejemplo. O fundan un rincón de trovadores y, en lugar de homenajear la obra de Silvio Rodríguez u otro de sus músicos, lo bautizan como “El Patio de Baldovina”, por la criada de una novela lezamiana. Únicamente así se explica la necesidad de incluir a Arenas y Cabrera Infante, magníficos “escorias”, en una antología del oficialismo.

Se trata de coquetería de esbirros, encantados de tener sobre el buró el retrato de alguna antigua víctima famosa. Y no cabe duda de que, de exigirlo la ocasión, alguien como Lourdes González no habría tenido reparo en supliciar a ese mismo Lezama Lima que aprovechó y homenajeara en su paladar. Habría bastado la coincidencia de un original de autor tan problemático, ciertas instrucciones llegadas desde instancias superiores (en el caso de Lezama Lima, desde Seguridad del Estado, como quedó demostrado en los archivos de la Stasi) y ella en tanto censora solícita. En su conducta se juntan varios tiempos: la comisaria y represora política y la pequeña emprendedora capitalista, la apelación a un gran escritor silenciado y el silenciamiento de otros escritores en nombre de ese mismo poder.

Celebré hace dos años que fueran publicadas las memorias impostadas de Alberto Garrandés, y celebro que se publique esta entrevista de Lourdes González. Creo, sin embargo, que los lectores habríamos tenido más si Reynaldo Aguilera, el entrevistador, hubiera repreguntado. En cuanto a su entrevistada, a diferencia de un Garrandés a quien no tenía sentido pedirle nada, habría que pedirle a Lourdes González que vaya más lejos, hasta desechar esa coartada falsa y sentimental del sacrificio del Estado sostenedor del libro, y asuma que ella opera sin necesidad de coartada alguna. Que es criminal y punto.

(2019)

CONTRA UNA PARTIDA DE RANCHEADORES

El primer rancheador, Guillermo Rodríguez Rivera, salió del blog de Silvio Rodríguez. Después se sumaron hasta una decena de ellos en *La Jiribilla*, todo un dossier de rancheadores. Fueron contra Roberto Zurbano, que es negro, pero el color importa poco: esa clase de partidas cargan contra todo el que se alce contra el Amo. No hace mucho tiempo, Silvio Rodríguez hizo lo mismo contra Pablo Milanés.

Roberto Zurbano era director del Fondo Editorial de Casa de las Américas y fue destituido. Según los términos de Esteban Morales, rancheador de la partida, fue “liberado de su puesto”. Sin embargo, es preciso conceder que en la sanción impuesta por la directiva de la institución hay poco o nada de discriminación racial. Cualquier funcionario, negro o no, que hubiese publicado opiniones como las suyas habría sido destituido: lo que castigan en Casa de las Américas es la libertad de pensamiento.

“Me pareció escandaloso que un negro cubano y revolucionario afirmara de modo terminante...”, escribió Guillermo Rodríguez Rivera. Venía a alarmarlo el hecho de que las opiniones de Zurbano no encajaran en el perfil de negro (y de revolucionario) consabido. Dado el color de su piel, Zurbano no debería apartarse de determinados pensamientos. Ciertos juicios nunca deberían ocurrírsele y, en vez de hablar por los demás, tendría que dar gracias por su suerte.

Rodríguez Rivera comenzaba la partida con este otro asombro: “Lo primero que llamó mi atención fue que *Diario de Cuba* —que es una publicación declaradamente opositora a la Revolución cubana—, acogiera *in extenso*, las opiniones de un ensayista cubano que vive en la isla y que, sin duda, se ubica en el ámbito de la que ellos (los del *Diario*) llaman ‘oficialidad’ cubana”.

Amodorrado en los hábitos informativos del castrismo, tenía que serle imposible concebir un periodismo que se arriesgara a citar aquello con lo que no coincidiera. Sus alusiones a *Diario de Cuba* no hacían más que seguir un protocolo. Según ese protocolo, es necesario volcar las culpas en algún punto extranjero (o del propio país, bajo acusación de mercenarismo), dejar al culpable la oportunidad de reconocer que todo ha sido fruto de la confusión y de su confianza traicionada por un periodista y, luego de una retractación así, puede darse por concluido el caso.

Rodríguez Rivera debió aspirar a una solución así, aunque pronto vio defraudadas sus esperanzas. Pues si Zurbano acusó a *The New York Times* de tergiversar la frase suya que servía de titular al artículo, dejó claro también que no se retractaba de lo que en él decía.

Resultó igualmente infructuosa la tentativa, desde el blog oficialista de Manuel H. Lagarde, de desviar la atención hacia supuestos intentos de *Diario de Cuba* de fabricar un “caso Zurbano”. Y es que, maquínense o no falsos titulares en *The New York Times* o fórgense o no falsos héroes en *Diario de Cuba*, los problemas denunciados por Roberto Zurbano van a seguir ahí.

La pobreza y la falta de horizonte en la que viven los negros son parte principalísima de la pobreza y la falta de horizontes traídas por los hermanos Castro para todos los cubanos. Si como señala Zurbano, la población blanca del país tiene mayores posibilidades económicas gracias a la ayuda del exilio, entonces la pobreza de los negros constituye un índice redoblado del experimento de devastación que nos habrá incluido a todos.

En Cuba existe una política de apartheid que pesa sobre la inmensa mayoría. Ese apartheid es un componente esencial del castrismo. Existió hasta hace poco en los hoteles, en los cayos y en las playas. Existe aún en la legislación migratoria, pese a las reformas cosméticas. Es definitivo respecto a las inversiones económicas, y amenaza a los cuentapropistas hasta tanto no haya garantías para la propiedad privada. Por todo lo cual no hay más que ser cubano, de cualquier raza, para resultar despreciable y marginado y reprimido. La situación de la población negra cubana es, reconcentrada, la de todos los cubanos, incluidos los del exilio.

En las últimas semanas *The New York Times* ha dado cabida en sus páginas a los blogueros Yoani Sánchez y Orlando Luis Pardo Lazo. *The Washington Post* ha reclamado en las últimas semanas, en editoriales y columnas, una investigación internacional de la muerte de Oswaldo Payá y Harold Cepero. A todo esto han venido a sumarse las críticas aportadas en el primero de esos diarios por un alto funcionario de la Casa de las Américas. Y no resulta descabellado suponer que denuncias así se harán cada vez más frecuentes y volverán, una y otra vez, sobre la suerte de los negros en Cuba.

¿Qué va a hacer el régimen castrista para contrarrestar tales denuncias? De poco va a servirle el timbirichismo recién adoptado o un mercado cuya liberación se corresponde con la acepción del término aportada por Esteban Morales. No le valdrán las triquiñuelas con que sigue escamoteándole derechos a los homosexuales. Ni conga con arcoíris ni Mariela Castro que valga. Poco podría conseguir con cientos de Esteban Lazos unánimes en la Asamblea Nacional y, puesto que no se trata de una cuestión interpretativa, sobrarán las llamadas bibliográficas a Fernando Ortiz, a los discursos de Fidel Castro y la Constitución. Porque si según la letra de esta última todos somos iguales, lo somos para sufrir el apartheid impuesto por los Castro. Para ser perseguidos por los rancheadores.

Roberto Zurbano ha publicado su opinión sobre un asunto sumamente apremiante. Igual que en la respuesta que Picasso diera a unos jefes nazis que le reprochaban el horror de un cuadro donde denunciaba la guerra, no son otros que ustedes, mayimbes, rancheadores, segurosos y trovadores cortesanos, los responsables y cómplices de que las cosas estén como estén. En lugar de sublevarlos la miseria y falta de libertad en que tantos cubanos viven, reservan ustedes su sentido del escándalo para unas líneas impresas. Pero tengan por seguro que cada vez les será más difícil evadir sus respectivas responsabilidades en tanta ineptitud, tanta bajeza y tanto crimen.

(2013)

AMAURY PÉREZ VIDAL Y LA ENVIDIA DE LOS ADUANEROS

Amaury Pérez Vidal, compositor y cantante y conductor de un espacio televisivo vuelve a La Habana, donde reside, después de un viaje a Estados Unidos. Un viaje soñado, según confesó en un texto publicado en el perfil de Facebook de su esposa. Y en el mismo texto reconoce haber sido humillado “por el personal de la Aduana del Aeropuerto de La Habana de tal manera que no hay forma de describirlo”.

Ya en otras ocasiones había sido tratado del mismo modo, dijo, pero había preferido callar. “Hasta ahora”, escribió con muchos signos de exclamación.

La humillación es algo habitual en las aduanas de Cuba. La han sufrido en carne y equipaje muchísimos viajeros. Lo singular de este caso es que no parece salvarse de ella ni siquiera una tan conocida figura pública. Amaury Pérez Vidal, quien se ha autoproclamado hijo de Fidel Castro, ni siquiera así consigue inmunidad aduanera.

Lo más curioso, sin embargo, han sido algunas reacciones al texto en el que Pérez Vidal se quejaba. Violeta Rodríguez, actriz de telenovelas e hija del cantautor Silvio Rodríguez, explica lo ocurrido a través de la envidia. Dice de los aduaneros: “Tengamos en cuenta que son unas personas que como mucho han viajado de provincia a la capital”.

Según ella, la envidia que esos funcionarios sienten ante quienes sí tienen la posibilidad de viajar hace que traten de humillar a estos últimos. “Ah, y si eres artista y sales en TV, ¡peor!”, sostiene.

Otro actor, creador del popular personaje televisivo Pánfilo, Luis Silva, es de la misma opinión: “Yo quisiera bajarme del avión, y ya salir directo a la calle, para no tener que ver las malas caras, los pocos deseos de trabajar, el desgano, la mala forma. Pero es entendible. Porque nadie de esa gente viaja. Les molesta que vengas con cositas que has comprado. Con maletas llenas de todo lo que hace falta en Cuba (que es todo)”.

Amaury Pérez Vidal, Violeta Rodríguez y Luis Silva reconocen haber sido víctimas de los aduaneros. La situación, tal como la explican los dos últimos, no podrá cambiar mientras no se resuelva la diferencia crucial entre quienes viajan al extranjero y quienes, si acaso, viajan a provincias. Aquellos que vuelvan del extranjero estarán siempre expuestos a los humores de quien los atiende en el aeropuerto. Y según sea el resentimiento de aquel o aquella que los reciba, así será la humillación.

Visto de esta manera, las cosas no podrán cambiar en lo inmediato. Aunque a Violeta Rodríguez y a Luis Silva, en tanto víctimas, les vendría bien hacer el esfuerzo de entender quién es quien los humilla y los humillará. Porque una víctima que no identifica del todo a su victimario tendrá más difícil la escapatoria, la salida o la solución.

De explicarlo por la envidia, como hacen ellos dos, esta no debería quedarse reducida a la de unos oficiales de Aduana. Mejor sería entenderla como sistema. Así: envidia en la Ofensiva Revolucionaria, envidia en quienes gritaron “¡Escoria!”, envidia en cada acto de repudio, envidia como ingrediente esencial del cederismo, envidia en vigilar si el prójimo vive o no “por encima de sus posibilidades”, envidia como motor de la chivatería y, para resumirlo en una ocurrencia popular, el cartel propagandístico aquel que rezaba en La Habana: “Señores imperialistas, ¡no le tenemos absolutamente ningún miedo!”, y que la gente en voz baja subvertía con esta coletilla: “...pero sí tremenda envidia”.

Más que unos funcionarios, quien humilla en las aduanas de la isla es todo un sistema diseñado para la humillación de los cubanos. Tal vez Violeta Rodríguez y Luis Silva nunca se hayan detenido a pensarlo, pero es de sospechar que Amaury Pérez Vidal lo sabe muy bien. De lo contrario, habría apelado a alguna instancia oficial cuando los episodios anteriores, y no habría callado tanto tiempo. Y no retiraría del perfil de Facebook de su esposa la denuncia de esta última humillación, ahora que por fin se decidía a levantar una protesta pública.

El sistema de humillación tiene que seguir en funcionamiento, no hay quien lo pare, y a Amaury Pérez Vidal le corresponde hacer silencio cómplice de nuevo.

(2018)

EL FOTÓGRAFO QUE TIRÓ SU LEICA DESDE EL HELICÓPTERO DEL DICTADOR

Ninguna de las muchas compilaciones fotográficas de la revolución cubana de 1959 que conozco incluye sus retratos y, sin embargo, durante casi un año Jesse A. Fernández acompañó a Fidel Castro como fotógrafo y tomó imágenes magníficas. Los dos tenían casi la misma edad. Jesús Antonio Fernández Martínez, luego Jesse A. Fernández, nació en La Habana en 1925, de padres asturianos. Tuvo una infancia marcada por las dictaduras: salida hacia Asturias para evitar la del cubano Machado, vuelta a La Habana en 1939 por no vivir la de Franco. Y en 1959, invitado por Guillermo Cabrera Infante a trabajar como fotógrafo en el diario *Revolución* y el suplemento cultural *Lunes de Revolución*, vino a dar en el séquito de Castro.

Había hecho en La Habana estudios académicos de pintura, unos años de ingeniería electrónica en Filadelfia, y recibió en la Arts Students League de Nueva York lecciones de George Grosz. Wifredo Lam le presentó a Marcel Duchamp. “Para mí fue una gran influencia conocer a Duchamp”, reconoció. “Para comprenderlo había que comprender a un vago —en el mejor sentido de la palabra—. Yo, de 22 años en esa época, tenía complejo de vago porque a pesar de que leía todo el tiempo, no podía levantarme temprano”.

Llegó a la fotografía en 1952, en Colombia: “Yo no sabía nada, ni siquiera qué era un diafragma, pero me encerré con cantidades de libros y aprendí”. Allí se amistó con Fernando Botero y con el García Márquez de un año antes de la aparición de *La hojarasca*. “Para Jesse”, el novelista le escribe en 1978 una dedicatoria, “en memoria de los tiempos en que él y yo éramos treinta años más jóvenes y comíamos frijoles en Macondo”.

Colaboró en México con Luis Buñuel, que filmaba *Nazarín*. Logró que Carlos Fuentes lo llevara a visitar a Alfonso Reyes. En Nueva York trabajó como fotógrafo de reportajes para *Life*, *Esquire*, *Cosmopolitan*, *Paris Match* y *The New York Times*.

Sus fotos de Fidel Castro son poco épicas. En una de ellas aparecen líder y fotógrafo, y el primero resulta la figura menos relevante de la composición, algo a lo que no se habrían atrevido Korda o Corrales, fotógrafos oficiales. A diferencia de estos, él podía pasar por alto esos retratos a la hora de resumir su carrera. Al fin y al cabo, ¿quién era Fidel Castro comparado con Duchamp o Marlene Dietrich? Cualquier retrospectiva suya, por amplia que sea, podría prescindir del comandante.

Escapar de su entorno llegó a convertirse para él en una obsesión. Escapar de Castro como los suyos habían huido de Machado y de Franco. Una noche, revelando los negativos de una sesión, descubrió que la mayoría de los que rodeaban al líder estaban muertos o presos. Al día siguiente dejó caer su Leica desde el helicóptero donde viajaban. Era el mismo helicóptero desde donde el dictador lanzaba a los ministros que lo contradecían en el carnaval bárbaro de *El color del verano*, la novela de Reinaldo Arenas. En el mar esperaba a los ministros Tiburón Sangriento, quien seguía como una sombra al helicóptero dictatorial.

Jesse argumentó que sin una Leica no podría continuar su trabajo. El comandante respondió que no había problema, que hallarían alguna entre los bienes ocupados a la burguesía. Afortunadamente, no fue así y dieron al fotógrafo licencia de dos días para que comprara una Leica en Nueva York. Él se fue y no volvió. No volvió más a Cuba.

En Nueva York enseñó en la School of Visual Arts y tuvo su primera exposición de pinturas. Cabrera Infante lo reencontró en 1970: “dejado de la mano de la suerte: sin dientes, viviendo en un cuarto lleno de gatos y fotos viejas cubriendo las pobres paredes. Lo había perdido todo menos su ojo y su Leica”. Logró recuperarse, vivió entre Madrid y Toledo, y terminó instalado en Neilly-sur-Seine.

Publicó en París *Les momies de Palerme*, ensayo fotográfico sobre las catacumbas de un convento siciliano de capuchinos. Tres décadas de su trabajo aparecen recogidas en *Retratos* (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1984), que incluye retratos de Borges, Buñuel, Rulfo, Bergamín, Villalobos, Puig, Onetti y

Corín Tellado. Carol Prunhuber lo recuerda en plena labor: “La cámara nunca era visible en sus manos. Fotografiaba con tal velocidad y agilidad que incluso el clic se confundía entre los otros movimientos”.

Jesse imaginó un libro de pintores donde, junto al retrato de cada uno, apareciera su respectivo autógrafo. Visitó cementerios con la idea de hacer un tomo de sepulturas de grandes artistas, algo semejante al *Tumbas de poetas y pensadores* de CeesNooteboom. Y, aunque ninguno de estos dos proyectos llegó a concluirse, pueden hallarse atisbos del primero en el catálogo de su retrospectiva de 2003 del Museo Reina Sofía de Madrid.

“En mi vida profesional he fotografiado a personalidades del mundo de la política, las finanzas y las ciencias, pero ninguno de esos retratos los he considerado próximos a mi sensibilidad”, dejó dicho en su nota introductoria a *Retratos*. Remató: “Solo el arte me interesa”.

Murió en Neilly-sur-Seine en 1986, a los 61 años, de un ataque al corazón. En fotografía reconoció el magisterio de Cartier-Bresson y Walker Evans. Su pintura, obsesiva en calaveras, es cercana a la de los mexicanos Cuevas y Toledo. Las cajas con objetos que compuso remiten a las de Cornell. Fabricó pelotas de madera policromadas que parecen llevar tatuadas sus órbitas, como modelos de un planetario barroco. Diseñó hermosas portadas inéditas que dan noticia de sus predilecciones de lector: poesía y filosofía en varias lenguas. Es suya la imagen de cubierta de *La Habana para una infante difunto*, y aparece como personaje en varios libros de Cabrera Infante.

Los retratos son, indudablemente, lo más significativo de su obra. Entre ellos me permito elegir el del escritor cubano José Lezama Lima (1956) y el del pintor estadounidense nacionalizado británico Ronald B. Kitaj (1978). Lezama Lima está a la mesa de un bar habanero, y antes del disparo dio al retratista esta advertencia: “Apartemos las botellas de cerveza, no vayan a creerse que estamos enredados en cuestiones baquianas”. Ese arreglo vino a la foto de maravilla, porque pierde su atmósfera de bar para asemejarse a un laboratorio en penumbras. Es Lezama Lima en un interior de viejo maestro holandés. En cuanto a Kitaj, ¿qué dolor lo reconcentra y lo hace pegarse a una pared londinense y agarrotar su mano de pintar?

“Yo busco el lado humano”, escribió el autor de estas imágenes, “fotografío sin luces, a no ser las naturales; trato siempre de la intimidad donde está el individuo”. Y definió así su labor: “El problema es lograr una fotografía concentrada que no se conforme con el rostro, que atienda paralelamente al fondo, que sea eficaz y, al mismo tiempo, sigilosa; que sea rotunda, pero que respire por su fragilidad”.

Eficacia y, a la vez, sigilosidad. Rotundez, aunque fragilidad... Cioran, a quien él retrató en 1977, escribió que Jesse Fernández sabía cómo hacer ver una idea.

(2019)

ABEL PRIETO ESCRIBE UNA NOVELA DE PELUCHE

En la última novela de Abel Prieto puede leerse: “Era muy corriente por entonces que los isleños sintieran cierta fascinación por los viajes aéreos internacionales, algo que se hacía más intenso y perturbador, como en tiempos de Mozart, entre aquellos que cultivaban las artes y las letras, ávidos por naturaleza de más y más oxígeno, de universo y apertura cósmica”.

El protagonista de *Viajes de Miguel Luna* (Letras Cubanas, La Habana, 2012) sale por primera vez al extranjero a punto de cumplir los 41 años. Es septiembre de 1989 y está al desaparecer el Imperio Soviético. Por entonces era el ministro de Cultura, en complicidad con la policía política cubana, quien aprobaba o denegaba las salidas del país de escritores y de artistas. A su firma estaba el oxígeno y la apertura al universo y al cosmos. Ministro y segurosos racionaban los desplazamientos de artistas y escritores, y así continúa siendo hasta hoy.

Si Prieto hubiese novelado un triángulo sexual, el asalto a un banco o la desaparición de la memoria en un anciano, sería irrelevante recordar sus cargos políticos. Pero siendo este libro suyo una sátira de algunas de las instituciones que ha presidido, y ocupándose en él de la libertad de viaje como recurso administrado oficialmente, tales detalles resultan significativos. Exdirector de una casa editorial, expresidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac), exministro de Cultura, exmiembro del Buró Político del Comité Central y actual asesor del Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, Abel Prieto ha compuesto en *Viajes de Miguel Luna* prosa humorística a propósito de su manejo de los derechos de artistas y escritores.

(Ya que entro en pormenores biográficos, debo reconocer que existen quienes consideran su jefatura ministerial como un período de bonanza, en el cual se impulsaron

valiosas permisividades. He tropezado fuera de Cuba con individuos que no ocultan su agradecimiento personal hacia él. Le deben la salida del país, el reencuentro con su Eurídice, el privilegio de mantener casa propia en la isla, el de entrar y salir del país. Es gente agradecida, aunque con un agradecimiento de esclavos: no comprenden que ese burócrata no ha hecho más que jugar con sus derechos.)

Abel Prieto pertenece a un grupo de narradores cubanos que, pese a contar con más de sesenta años de edad, se resisten a escribir libros adultos. Esos escritores sobreviven con dificultad a su etapa preuniversitaria, pues debieron alcanzar entonces una altura no cobrada nunca más. Por eso vuelven a la muchachita aquella, a la pelota que encestó el tanto definitivo, al nombrete inolvidable, al bonchecito que se traían. Los obsesiona el erotismo, aunque en plan adolescente: el problema estriba en ligar, en empatarse, no en lo que viene después de empate y ligue.

Sus personajes arrastran virginidades muy persistentes (Senel Paz consiguió que el protagonista de *En el cielo con diamantes* vagara durante más de 400 páginas hasta probar el sexo en compañía), tienen conflictos de patio de recreo: con más de 40 años, Miguel Luna siente pánico de que vayan a tocarle el culo, aunque sea accidentalmente. Siempre anda alerta al respecto, y el narrador no da señal de hallarse por encima de tales desvelos. Luna se masturba tan insistentemente como si acabara de descubrir el juego de muñeca. Mocos, escupitajos, ventosidades y mierda abundan en las páginas de esta novela, aunque sin redención posible. No barroco. No carnaval rabelesiano. Tan solo ocurrencias infantiloides, *gags* de comedias para adolescentes.

La ventaja principal del cultivo de este infantilismo es que permite sortear lo espinoso político. Así, el escritor Miguel Luna es invitado por una sociedad de autores hermanada con la Uneac, viaja a la imaginaria república socialista de Mulgavia, y la sátira dirigida contra ambas sociedades de autores y contra el régimen mulgavo resulta bastante inocua. Porque *Viajes de Miguel Luna* es una gulliverada fallida.

Mulgavia, el régimen comunista inventado por Prieto, cuenta con leyes sumamente benignas. Ciertamente que la traductora del protagonista es separada de su cargo por una falta cometida, cierto que termina desterrada en la aldea paterna.

Sin embargo, un chofer oficial no tendrá inconveniente en juntar otra vez al visitante extranjero con su traductora. ¿Qué podría ocurrirle, en caso de trascender su atrevimiento? Únicamente el despido, y él ya se siente harto de ese trabajo. Así que chofer y traductora burlan, sin mayores consecuencias, las severidades del régimen. Y no solo resulta idílico el comunismo mulgavo, también parece haberlo sido el de Cuba, incluso en sus períodos más duros. Lo cual explicaría que, en los años 70 y estudiando Letras en la universidad, Miguel Luna fuese capaz de alardear de sus lecturas espiritistas y consiguiera llevar sin demasiadas fricciones una vida apolítica.

Toda la miseria que cabe en una asociación oficial de escritores como la Uneaces atribuida en esta novela a rencillas literarias y broncas de poéticas. Unos escritores envidiosos y malencarados (creo recordar que ninguno de ellos con cargo político) son quienes enturbian el ambiente. Caprichosos jurados y editores vengativos se encargan de fastidiar al prójimo. Nunca los comisarios. Nunca la policía política. Nunca el sistema. En la Uneac novelada por Prieto existen, no tanto las prohibiciones políticas, como las discordias estéticas. Más que esperar castigos o premios venidos de los jefes, hay que cuidarse de los golpes bajos de determinadas capillitas. (Félix Luis Viera ha sostenido que esta novela «destripa a fondo y con pleno conocimiento de causa el ambiente viciado, la traición, el oportunismo, las injusticias entre los escritores cubanos «revolucionarios» bajo la égida de la Uneacy en conexión con otras organizaciones culturales y políticas». No discutiré aquí acerca de los trabajos del cuchillo, pero me temo que lo que Viera entiende por destripado a fondo son unos arañosos encubridores.)

¿Cómo no esperar disimulos de alguien como Prieto, que aboga por un humor político de lo más candoroso? Hace unas semanas, a propósito de los chistes que circulaban en los años finales del Imperio Soviético, él quiso imponer esta salvedad: “En los cubanos no hay un solo chiste que aluda a la Revolución, ni a delaciones ni a presos de conciencia, ni a personajes escindidos, más bien apuntan a las carencias o a la emigración de forma benevolente, perdonadora, sin rencor ni hiel”.

Fueron palabras dichas en un intercambio con lectores suyos. Habían invitado al narrador, pero quien habló allí fue el asesor de Raúl Castro. La frase podía ser todo

lo estúpida que se quisiera, podía resultar sumamente improbable, que a él no iba a amilanarlo el ridículo. Miedo, lo que se dice miedo, lo reservaba para cualquier oposición que pudiera presentarse. Por eso desaconsejaba como fuera la feroz burlonería nacional. Por eso procuraba una mansa idiosincrasia cubana. Porque entre sus tareas como asesor debía estar la de exorcizarle los peligros a su jefe.

Ya antes de hacerse ministro él había publicado un opúsculo —*El humor de Misha, la crisis del socialismo real en el chiste político*— donde advertía que, por descontentos que estuviesen los cubanos, no cabría esperar de ellos sarcasmos parecidos a los que soviéticos y polacos dedicaban a sus dirigentes. Era, en 1995, su aporte a la teoría de la excepcionalidad del régimen castrista. Y 16 años después de aquel opúsculo, se inventa un país comunista europeo, una Uneac dentro de ese régimen, novela la propia Uneac habanera, y toda su sátira (salvo la dedicada al protagonista) es pequeña, peluda, suave, tan blanda por fuera que se diría toda de algodón y que no lleva huesos.

El humor político de Prieto es como el burrito Platero. O, explicado en términos suyos, es benevolente, perdonador, sin rencor ni hiel.

Viajes de Miguel Luna es un libro profundamente anacrónico. Uno termina de leerlo y se pregunta si era preciso que su autor cumpliera 60 años para escribir esta novela de peluche. Se pregunta uno por qué dejar pasar más de dos décadas desde el fin del Imperio Soviético para tratar tan puerilmente este asunto. (Quien desee leer buena sátira sobre el tema, hará bien en buscar *Moscoviada* de Yuri Andrujóvich. O *El ocaso de los dioses de la estepa* de Ismail Kadaré. Ucraniano el primero y albanés el segundo, andan muy lejos del tierno humor que Prieto adjudica a la tribu cubana.)

Toda la aventura que ofrece esta novela se reduce (hay que llegar a la página 376) a una escapada emprendida en busca de la traductora desterrada. El resto consiste en imprudencias cometidas en diversas ceremonias oficiales. Peor aun: en el amago de tales imprudencias. Entre niños pioneros mulgavenses, Miguel Luna padece algún desatino y debe reprimirlo con tal de no ocasionar problemas. “Pero su Pepe Grillo llegó a tiempo y lo amonestó, y le echó en cara todo lo que él representaba en Mulgavia, y supo contenerse”. Así, una vez y otra.

Si fueron planeadas con ese propósito, las contenciones de Luna no resultan risibles. Si acaso esta novela contiene algo de humor, es de aquel costumbrista que, en los ochenta del siglo pasado, la emprendía contra la burocracia. O, más exactamente, contra unos ejemplares de burócratas no demasiado altos.

Dedicado a la sátira política, Prieto debió ambicionar algo así como *El buen soldado Švejk* con ilustraciones de Josef Lada. Pues cada capítulo del libro termina con un dibujo suyo y, ya sea por desconfianza en su destreza como dibujante o por incontinenencia escrituraria, los dibujos son aclarados luego mediante textos. (El autor parece haber considerado tan desternillantes sus invenciones que se vale de la excusa de explicarlas en dibujo y en pie de grabado para volver a proponerlas.) Es la espiral del pujo.

Viajes de Miguel Luna es un intento fallido de imponer la más risueña versión de sus jefaturas políticas. Y, a juzgar por lo adelantado sobre su próximo libro, Prieto recurrirá a mayores sublimaciones todavía. Su libro venidero será una noveleta acerca del primer detective cuentapropista cubano, “un Sherlock Holmes ñato y con cachimba”. El tal Holmes contratará a Abel Prieto (“a mí, con mi propio nombre, para que yo sea su Watson”) bajo este razonamiento: “Me hace falta tu experiencia burocrática y literaria para que cuentes nuestras hazañas”.

Pasando por alto lo relativo a la experiencia literaria que él se autoadjudica, cabe preguntar a qué viene la apelación a su experiencia como burócrata. ¿En qué rincones va a hurgar ese detective que necesita como ayudante nada más y nada menos que a un asesor presidencial? No he leído hasta ahora detalle alguno acerca de la naturaleza del caso que investigarán. Pero, ya que autobiografía y ficción van a mezclarse en esas páginas, es posible conjeturar que el autor fantaseará con la idea de dejar atrás sus obligaciones oficiales. ¿Cómo, si no, podría prestar su sagacidad de hombre de Estado para una investigación independiente? Antes de aventurarse junto a un detective privado, Prieto tendrá que imaginar que ha dejado atrás toda una época.

Con *Viajes de Miguel Luna* él ha empezado a escribir en clave de ficción sus memorias de burócrata. Lo suyo es un desentenderse de sí mismo lo más benevolente posible. Perdonador, sin rencor ni hiel.

Con más o menos disimulo, Abel Prieto empieza a comportarse como esos exfuncionarios castristas que, luego de romper con el régimen que conformaban, cuentan en alguna televisión miamense sus secretos de *aparatchiks*. Lo extraño es que, en su caso, pretende hablar de esas tareas sin abandonar su trabajo como asesor de Raúl Castro.

(2012)

SEGURIDAD DEL ESTADO: ¿QUIÉN ESCRIBE A QUIÉN?

Hace unas pocas semanas se presentó en Madrid una antología sobre el trabajo de Seguridad del Estado, y por esos días supe que ya no existe en La Habana el Museo del Ministerio del Interior. (En descargo de lo que sigue: en esa antología aparece un texto mío, pero no me ocupo aquí del contenido del volumen sino de la idea que movió a su publicación.)

Compilada por Enrique del Risco, la antología reúne piezas de 57 autores y lleva como título el eufemismo con que explican sus apariciones los agentes segurosos: *El compañero que me atiende* (Hypermedia, Miami, 2017).

Los diccionarios explican el término atender como esperar o aguardar. Como tener algo en consideración. Como cuidar de alguien o algo. Y, en una acepción más particular, como seguir la lectura de un original mientras un corrector lee en voz las pruebas de imprenta. Es decir, el cotejo de un impreso con el manuscrito original.

Leídas estas acepciones, no vale la pena inclinarse por ninguna de ellas, puesto que los segurosos evitan dar a su frase un significado preciso y lo que hacen es demorar cualquier significado. Cuando anuncian “Yo soy el compañero que te atiende”, mantienen a la espera aquello que la frase quiere decir, hasta que las circunstancias obliguen a hacerse entender del todo.

De la metodología de la tortura pautada por la Inquisición conocemos en qué consiste la enseñanza de los instrumentos. Pues bien, anunciar “Yo soy el compañero que te atiende” es enseñar los instrumentos antes de enseñar los instrumentos. Todo ello en plan camaraderil, paternalista, sin perder de vista la necesidad de tal contacto. Alguien aparece, no da su verdadero nombre sino otro, rara vez un apellido, viene sin uniforme o distintivo y apela a un contrato

que creíamos no haber suscrito, pero que tuvimos que suscribir en algún olvido, borrachera o sueño. Y a partir de ahí toca vivir dentro de un juego donde cada movimiento que hagamos será acotado y atajado, donde todo se vuelve driblar y driblar. O, utilizando la acepción más particular que traen los diccionarios, lo que sigue será un cotejo de manuscritos e impresos en el cual el hermano impresor es un policía político.

En el caso de los escritores, la atención segura tiene mucho de ese cotejo de imprenta. No solamente porque lo que está en discusión es qué puede y qué no puede llegar a publicarse, sino porque se impone el derecho de escritura de uno sobre el otro, del policía sobre el escritor. Los atentos compañeros rinden informes, escriben acerca de los escritores, organizan los expedientes de esos escritores. Casi podría tomárseles por biógrafos, ocupados en recoger los más pequeños pormenores, enredados en hipótesis acerca de sus vigilados.

Capaces de escrutar y anotar sobre sus atendidos, resultan, sin embargo, incapaces de leer, y en ello reside una de sus principales fallas. Por aguzados lectores que se muestren, no llegan nunca a saber con quién están tratando, no entienden verdaderamente de literatura. De ahí la desesperación con que consultan las opiniones de unos escritores sobre otros, esa necesidad continua de encuestar que sienten.

Valga este ejemplo magno: la llamada telefónica de Stalin a Boris Pasternak para averiguar cuán gran poeta es Ósip Mandelstam, si en verdad se trata de un maestro de la lengua rusa. Pasternak, cogido por sorpresa, se pone a matizar, entra en pruritos intelectuales, precisamente lo que no cabría hacer ante el amo de la vida y la muerte. De modo que Mandelstam termina encerrado en el Gulag, donde muere, y Pasternak sobrellevará en adelante sus remordimientos por no haber sabido contestar a Stalin.

Lo que más me gusta de *El compañero que me atiende*, la antología de Enrique del Risco, es que rebate el reparto habitual de roles, y en sus páginas un buen grupo de escritores —incluso algunos residentes en la isla— es quien escribe de los policías políticos. O sea, los expedientados componen expedientes. Expedientan, no solo a un puñado de atentos compañeros y toda esa ralea, sino al Estado, a la violencia de Estado. Se trata, creo, de una antología que ayudará a levantar la tática

veda existente entre la policía política y sus escritores vigilados, prohibición de que la primera no sea aludida en ningún texto.

En cuanto al museo habanero, aquel Museo del Ministerio del Interior que alguna vez visité, en Quinta Avenida y 14 (Miramar), y del cual escribí en mi libro *La fiesta vigilada* (Anagrama, Barcelona, 2007), hace un año que fue refundado. Mi recuerdo más fijo de él es un perro disecado. Un pastor alemán, Dan de nombre, con ancestros checoslovacos, que fue el primer perro de la policía revolucionaria. En un cartel podía leerse su hoja de servicios. El asco de pasear entre tanta propaganda conseguía mitigarse, en ciertos puntos, gracias a ridiculeces como aquella biografía de un pastor alemán. El visitante deambulaba entre un presente repugnante, y se encontraba de pronto en un futuro del cual llegaban sus carcajadas, por entonces contenidas. Así que existían esos momentos de pesadilla sobrepasada.

Lo expuesto en aquellas salas hablaba de un sistema policial volcado más hacia el exterior que hacia el interior del país, peleando contra enemigos internacionales. Se referían sus misiones en otras latitudes, siempre defensivas. El Museo del Ministerio del Interior era una variante más del cariño seguroso, pues todo el trabajo de los atentos compañeros (y de colegas suyos todavía más secretos) se realizaba para que los escritores y demás ciudadanos logaran hacer sus respectivas labores en paz. Los segurosos eran los garantes de nuestra paz ciudadana.

Hace algo más de un año, las autoridades debieron juzgar inefectiva tal idea museística, debieron entender que se quedaba corta, y transformaron el Museo del Ministerio del Interior en Memorial de la Denuncia. Pasaron de la paz segura a las demandas por daños de guerra. Descartaron la alabanza para apostar por la denuncia. No encontraron mejor camuflaje para las violaciones que conforman el trabajo de Seguridad del Estado que culpar a Washington.

He escrito varias veces acerca de los grandes archivos que esa policía política ha ido construyendo durante más de medio siglo. Archivos riquísimos en anotaciones y transcripciones y grabaciones de las mayores figuras culturales cubanas y extranjeras. Riquísimos también para el estudio de la vida cotidiana a lo largo de más de medio siglo. He imaginado lo útil que sería salvar esos archivos y ahora, viendo cómo un grupo tan numeroso de escritores se ha dado a la tarea

de escribir sobre Seguridad del Estado, calculo la fecundidad del trabajo sobre todo ese material, si acaso alguna vez se hiciera accesible.

Sé que es altamente improbable la sobrevivencia de los archivos policiales del castrismo, pero, en caso de que no se cuente para entonces con documentos sobre los cuales trabajar, supongo que existirá en pie todavía el Memorial de la Denuncia, antes Museo del Ministerio del Interior y antes Museo Central de los Órganos de la Seguridad del Estado. Cabría entonces respetarlo. Cabría rodearlo de un buen aparato de notas, como si de una edición crítica se tratara. Con esa otra curaduría, el Memorial de la Denuncia valdría para historiar, no solo a un Estado policial e imperialista, sino la coartada antimperialista con que ese Estado obraba.

(2018)

MARTÍ: HISTORIA DE UNA BOFETADA

José Martí es una termoeléctrica y una biblioteca enorme. Es la más alta orden gubernamental y una radio que ataca al gobierno que entrega esa orden. Es un aeropuerto y un montón de avenidas. Es el centro del parque en pueblos y ciudades. Es la dispersión de frases suyas que se repiten incesantemente. Es el dinero que circula con su efigie. Es el primer nombre propio que se menciona en la actual Constitución de la República Cubana: aparece cuando ya han pasado, en anteriores cláusulas, una masa anónima de aborígenes suicidas, de esclavos rebeldes, de criollos levantados en armas, de obreros, campesinos y estudiantes.

Como si se tratara de la traducción de títulos imperiales exóticos, ha sido llamado “Nuestro Apóstol”, “Héroe Nacional”, “Pater Patriae”, “Nuestro Recetario Político”, “Padre Santo”, “Nuestro Botiquín de Moral Pública”, “Nuestra Biblia de Vida”. Se ha afirmado que ninguna estatua que se levante conseguirá hacerle justicia. Rubén Darío llegó a consignar, luego de ciertos estimados constructivos, que para tal estatua “la isla entera sería todavía pequeño zócalo”.

José Martí cobra la importancia universal que él mismo exageró para Cuba al escribir: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”. Su figura cobra la intemporalidad que él prodigaba al advertir que todo el que se levantara por la causa cubana, se levantaba para todos los tiempos. Leo sus páginas y me viene a la memoria la noticia de que un poema suyo (no recuerdo cuál) y uno de sus manifiestos políticos (tampoco lo recuerdo) viajan por el espacio cósmico, de no haberse desintegrado todavía.

Allá los puso en órbita el primer (y único) cubano que ha visto el planeta desde afuera y que en la actualidad asiste, mudo en su uniforme de general, a

consabidas sesiones parlamentarias en La Habana. Vestido entonces de cosmonauta, Arnaldo Tamayo Méndez, sacó del planeta, además de esos textos martianos, azúcar suficiente para organizar un experimento en torno al crecimiento de los cristales en un medio antigravitacional. Creo que nunca han llegado tan lejos las exportaciones cubanas, nunca se han extendido de modo igual las preocupaciones por el rendimiento de una cosecha. Y no habrá tenido la escritura de José Martí destinatario más extraño (y tal vez más justo), que al ponerse a orbitar en aquellos espacios pascalianos.

Hablo del equipaje de un cosmonauta que incluía un paquete de azúcar y unas páginas impresas, hablo de exportaciones cubanas, y apunto esta ocurrencia que Fernando Ortiz hizo pública en 1953, durante la celebración del centenario martiano: si el país exportaba con muy buena suerte azúcar, tabaco y música, ¿por qué no iba a exportar a José Martí? Él era la mejor de las músicas (impetuosidad y arrastre de su oratoria), azúcar de óptima calidad (sus afectuosas cartas), sus ideas acarreaban la misma ebriedad del buen tabaco (en algunas marquillas aparecía su efigie).

Pocos años antes de esa celebración, Emil Ludwig había escrito su asombro ante algunas de sus frases. Emparejaba aquellos fragmentos a los aforismos de Nietzsche, lamentaba que tal obra no estuviese traducida al alemán, y confirmaba la demanda internacional para el artículo de exportación propuesto por Ortiz. “Centenares de aforismos en tal estilo vigoroso y penetrante”, apuntó Ludwig, “que bien pudieran ser de Nietzsche, han sido recogidos en una magnífica colección de sus obras, y de ser traducidas, serían por sí solas suficientes para convertir a Martí en guía espiritual del presente momento del mundo”.

El biógrafo alemán aludía al año 1948. Guía espiritual del mundo o principal artículo de exportación, José Martí cobraría su mayor importancia a partir del triunfo revolucionario de 1959. Aunque desde mucho antes su nombre había entrado en el trapicheo político cubano. Fulgencio Batista (por citar el ejemplo de una dictadura anterior) tuvo a bien agenciarse buena parte de los réditos de la celebración del Centenario, e intentó legitimar su flamante golpe de Estado con las fiestas por Martí. De igual modo, en ese mismo año, Fidel Castro dispuso

su lucha contra Batista bajo la advocación del mismo nombre. En 1953 la política cubana adoptaba la forma de guerra de reliquias.

Se ha repetido que Martí ha servido a toda intención política del último siglo cubano. Visto así, su utilización por la actual dictadura no tendría particularidad mayor. Lo inusual estriba, sin embargo, en que un mismo poder se haya valido de él para justificar tendencias sucesivas y contradictorias: Martí ha sido incluido en las cambiantes formulaciones del discurso revolucionario. Es por ello que ninguna interpretación de su obra me parece más necesitada de atención que la versión gubernamental cubana. Porque ninguna otra ha sido llevada tan lejos. Hasta el cosmos.

Se trata, como he dicho ya, de una lectura cambiante. Lectura que incluye momentos tan dispares como aquel en que quiso aproximársele al pensamiento marxista, y este que hoy eterniza la propaganda habanera, donde él representa la conciencia nacional, la diferencia cubana. Poco importa cuán distante sea un Martí de otro, ambos han sido enraizados definitivamente a la revolución de 1959. No hay casualidad, por tanto, en que, luego de los retratos individuales ejecutados por algunos de los principales pintores cubanos durante la primera mitad del siglo XX (Carlos Enríquez, Jorge Arche, Eduardo Abela), Raúl Martínez cubriera sus enormes lienzos revolucionarios con retratos martianos en serie. Obedecía a algo más que el gusto warholiano por las tiras de retratos: si Warhol retrataba a Marilyn Monroe saliendo de los linotipos, Raúl Martínez procuraba al Martí de las máquinas oratorias.

Cuando fue declarada marxista la revolución de 1959, se hizo imprescindible descubrir las coincidencias o tangencialidades entre Marx y Martí, entre Martí y Lenin. El problema que se abría era idéntico al que tuvo Dante al juzgar a Virgilio: ¿dónde colocar, en un universo regido por premios y castigos, entre Infierno y Paraíso, a quien vino antes de Cristo, no pudo compartir la Buena Nueva, pero debió de tener asomos de ella, a juzgar por su "Égloga Cuarta"? Llegó entonces a afirmarse que las posiciones martianas eran "símili-marxistas", término acuñado por el historiador Julio Le Riverend. Aunque vale la pena aclarar que los acercamientos entre Marx y Martí se habían iniciado una veintena de años antes.

En el prólogo a una antología de textos martianos de 1974, Roberto Fernández Retamar hacía notar, a propósito de cierto punto en discusión: “Martí no lo dice en esos términos, pero si (...) traducimos sus planteos a un lenguaje marxista-leninista...”. Con lo cual señalaba la necesidad de traducirlo a la *lingua franca* del Imperio Soviético.

Por esa misma época, entre los profesionales martianos cundió la desesperación nominalista. ¿Cómo calificar, en una escala rígidamente teleológica, a alguien como José Martí? “Demócrata revolucionario”, fue el más tranquilizador de los rótulos que le encontraron entre los rótulos que imponía la Academia de Ciencias de la URSS. Y cuando se vino abajo el imperio que sostuvo a aquella academia, cuando se volvieron innecesarias las traducciones propugnadas por Roberto Fernández Retamar, sobrevino otro Martí. Uno escarmentado, concentrado en sí mismo, olvidado de cualquier pensamiento que no fuese el propio, cubanísimo.

Recurrir a este nuevo Martí, tenerlo a mano como autoridad, confirmaba lo evitable del fin para el régimen revolucionario. Pues lo tremendamente autóctono de él venía a coincidir con lo tremendamente autóctono de la revolución de 1959. Y si el triunfo de esta no había ocurrido por encargo transnacional o contagio soviético, no tenían por qué conseguir eco en el Caribe las noticias del este europeo. José Martí era visto como una preciosa especie endémica, la rara mariposa que justifica un microclima, el ornitorrinco para cierta reserva ecológica.

Fuese cual fuese la interpretación entronizada, sobran lazos entre la revolución que él iniciara en el siglo XIX y la que comenzara en medio de los festejos por su centenario. Asimismo, sobran lazos entre el partido político que él fundara y el partido político que gobierna Cuba hoy. Sobran lazos entre las figuras de José Martí y de Fidel Castro.

Diversos fueron los partidos políticos cubanos colocados a la sombra del Partido Revolucionario fundado por Martí. En un texto publicado en 1948, de cara a las elecciones, Blas Roca consideraba a Martí como el revolucionario más radical de su época y lo tildaba de precursor del Partido Comunista (PSP). “Nosotros podemos reverenciar a Martí con toda sinceridad porque nosotros somos del partido radical y revolucionario de hoy”, rezaba su panfleto. Según Roca, todos

los partidos en lidia traían a cuento el ejemplo martiano, pero solamente los comunistas eran del todo sinceros al reverenciarlo.

No muy distinta exclusividad de cita se reservaba Ramón Grau San Martín desde el momento en que bautizara a su partido con el mismo nombre del fundado por Martí, aunque agregándole un paréntesis por el cual sería conocido la nueva formación: Partido Revolucionario Cubano (Auténtico). Lo mismo que Blas Roca, Grau San Martín denunciaba al dudoso Martí de los demás, y se regocijaba en la continuación de lo martiano de la política representada por él.

Pero ninguna aproximación ha tenido mejor fortuna que la de Fidel Castro. Inmerso desde joven en las luchas políticas republicanas, sabedor de lo importante del manejo de símbolos (su curiosidad o simpatía por el fascismo italiano dan la medida de ello), no podía menos que utilizar a Martí. Un volumen publicado en 1983, *José Martí: el autor intelectual*, deja ver algunos de esos trabajos de apropiación: aparece allí el facsímil de unas páginas martianas con anotaciones del joven Castro. Y la visión de esa marginalia despertaba lo rapsódico en un comentarista como Fernández Retamar, quien arriesgara: “Fidel, siguiendo el consejo del libro ígneo que es el Apocalipsis, el cual recomienda comerse el libro, estaba haciendo a Martí carne de su carne y sangre de su sangre”.

Tal como puede desprenderse de esa cita, nos encontramos en tierra de altos símbolos. No sorprenderá a nadie que, durante la apertura del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba celebrado en 1975, le fuese reservado a Martí un puesto entre los asistentes, en calidad de Primer Delegado. No sorprenderá tampoco que, a lo largo de las sesiones, se mantuviese un respeto sagrado por la butaca vacía.

Aquel que anotara siendo joven unas páginas de José Martí, iba a ocuparse de escribir la introducción a la edición crítica de las Obras Completas. Un atlas histórico-biográfico dedicado a seguir los pasos del Martí trashumante concluía con un recuento de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Y en el cartel impreso para el estreno del documental *La guerra necesaria* de Santiago Álvarez, Martí aparecía en la cubierta del yate “Granma”. Ambas épicas se entrelazaban, el desembarco martiano poco antes de su muerte, y el que hicieran Fidel Castro y sus compañeros.

Más recientemente, el pintor José Toirac ha vuelto a la fotografía donde Fidel Castro, inmediatamente después del asalto al cuartel Moncada, aparece ante una pared en la que cuelga el retrato de Martí. En la irónica interpretación de Toirac, hecha con blancos y negros como si se tratara de una fotografía, el principal sujeto es José Martí, y la imagen que cuelga en la pared es de Fidel Castro.

A tanto se ha llegado en los trabajos de identificación entre uno y otro, que ambas figuras resultan intercambiables. Fidel Castro pudo haber conspirado en Nueva York hasta fundar el Partido Revolucionario Cubano, Martí podría tiranizar al país valiéndose del Partido Comunista de Cuba. Ya Nicolás Guillén había estipulado que era José Martí, redivivo en Fidel Castro, quien señalaba el camino de Cuba. Incluso llegó a hablarse, en una antología del venezolano Aquiles Naza, del “adelantado fidelismo” de Martí.

“Solo los revolucionarios de hoy”, consignó José Cantón Navarro, “y en primera fila los comunistas, pueden honrar sin avergonzarse a los revolucionarios de ayer, en cuya vanguardia se halló siempre nuestro Martí”. Aquellos viejos comunistas que celaban a Martí remontaban el linaje de su interpretación hasta un artículo publicado por Julio Antonio Mella en 1926: “Glosas al pensamiento de José Martí. Un libro que debe escribirse”. Mella hablaba allí de un libro por hacer, obra para la cual no le alcanzaba el tiempo, pero que tal vez llevaría a cabo en alguna de sus prisiones, sobre el puente de un barco, en un vagón de tercera o en la cama de un hospital. (Cárcel, exilio o convalecencia eran las expectativas que él mismo se dibujaba.) Como podrá imaginarse, el libro pospuesto daría la medida del verdadero Martí. Mella se apuraba a sí mismo al escribir: “Es imprescindible que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con la clase revolucionaria de hoy, escriba ese libro”.

No era retórica su queja por la falta de tiempo. Alrededor de esa fecha él se encontraba entre los fundadores de la Federación de Estudiantes Universitarios, organizaba una universidad popular (con el nombre de José Martí), participaba en la creación del Partido Comunista de Cuba (PSP), y fungía como secretario general de la sección cubana de la Liga Antimperialista. Su artículo, propuesta de libro que nunca llegaría a escribir, arrastraba a Martí a la actualidad, lo citaba a juicio contra

el imperialismo estadounidense. Creaba, de este modo, una de las más poderosas y recurrentes figuraciones martianas: la del luchador antimperialista.

Pero, más allá de lo fecunda que haya sido la petición de análisis hecha por Mella, quiero detenerme en un rasgo que (hasta donde sé, pues la bibliografía martiana es oceánica y soporífera) no se ha tenido en cuenta. Mella escribió en su artículo de 1926: “Es necesario dar un alto, y, si no quieren obedecer, un bofetón a tanto canalla, tanto mercachifle, tanto patriota, tanto adulón, tanto hipócrita... que escribe o habla sobre José Martí”.

Resalta en esta cita la violencia. Junto a la propuesta de un Martí necesario, de un libro por hacer, esa bofetada marcará el camino de la intransigencia, tendrá muchísima suerte futura. El texto de Julio Antonio Mella, origen de un linaje interpretativo, representa también el nacimiento de una particular manera de canalizar los celos. Rafael Rojas ha estudiado en *Tumbas sin sosiego* los cambios producidos en la civilidad cubana a partir del triunfo revolucionario de 1959. A propósito de la intelectualidad comunista, Rojas anota variaciones que van desde una cortesía exquisita hasta, desalojado ya el resto de los partidos políticos, la intolerancia más cortante. Y claro que la bofetada estipulada por Mella pudo ser solamente un exabrupto literario. Quizás no haya que tomarla al pie de la letra, pues pertenecía a ese conjunto de barrabasadas que promulgaban otros manifiestos de la época. (No por ellos iba a ser arrasado el Partenón o la antropofagia cundiría entre la gente.)

Sin embargo, el exabrupto de Mella hallaría, al final, literal cumplimiento. En 1974, Juan Marinello advertía: “Por fortuna, la claridad traída por la revolución nos pone a cubierto de todo intento malicioso o torpe. Los martianos antimartianos no tienen cabida en la Cuba de ahora”. Y lo que en 1926 merecía una bofetada, debía pagarse ahora con el ostracismo, con el destierro de por vida. Un prólogo a los trabajos del Seminario Nacional Martiano esbozaba un *Index Prohibitorum* que incluía nombres de intelectuales burgueses empeñados en tergiversar la memoria de Martí. Juan Marinello, inquisitorial hasta en su terminología, hablaba del “pecado de leso martismo”. Y Luis Pavón hurgaba en culpas retroactivas: “Una lista de la bibliografía martiana que nos dejó la república es, en gran medida, una relación delinencial”.

El oponente quedaba fuera de la cortesía, fuera del país, fuera de toda ley. Un primer decreto expedido el 19 de mayo de 1977 por el recién fundado Consejo de Ministros, ordenó la creación de un Centro de Estudios Martianos que encastillaría (e iba a propiciar también) la investigación sobre Martí. Junto a tal decreto fue dictada la resolución que declaraba Monumento Nacional a cualquier pieza autógrafa martiana, y obligaba a sus poseedores a entregarla.

El delito de propiedad venía a sumarse a lo delincencial de ciertas opiniones, y resultaba ultrajada toda pertenencia de José Martí escapada de la isla. Procuraba garantizarse legislativamente el retorno íntegro (hasta lo nimio) de quien vagara tantos años por el extranjero. Una nota sin firma aparecida en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* correspondiente al año 1985 se exasperaba ante la perspectiva de que Carlos Ripoll, especialista del exilio, publicase dos cartas inéditas. Reconvénía la nota: “Y allí, en manos de quienes han abandonado a la patria, hay documentos originales de Martí que le pertenecen al pueblo cubano y a su Revolución martiana, únicos verdaderos custodios de un tesoro que es patrimonio de la humanidad, pero no de una humanidad en abstracto, sino, para decirlo con palabras de Juan Marinello, de ‘una humanidad al nivel de su esperanza’”.

La guerra de reliquias se encendía. Aquellos que se consideraban a sí mismos únicos herederos del ejemplo martiano, los únicos sabedores de traducirlo, encontraban en él un buen motivo para denostar a los contrarios. Como cualquier instrumento de legitimación de una dictadura, José Martí terminaba por convertirse en un objeto arrojadizo, en arma. En medio de la fuga del país de gran parte de la población, una de sus frases sería utilizada para justificar la intolerancia. “Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre”, había escrito él en *Nuestra América*. (Los beatos martianos no encontrarán, en este caso, la excusa de que la frase ha sido desquiciada. Su autor hablaba en verdad de desterrar a quienes, siendo latinoamericanos, no sentían el amor por sus tierras.)

En el artículo de Julio Antonio Mella podrá encontrarse otro detalle de larga consecuencia. En las filas del primer Partido Comunista de Cuba, Mella había coincidido con Carlos Baliño, viejo compañero de lucha de Martí. Y de este

recogió una idea que no consta en los escritos martianos conocidos hasta hoy. El mensaje, escuchado por Baliño de viva voz de Martí, anunciaba que la revolución no era lo que comenzaría en los campos cubanos en 1895, sino lo que iba a desarrollarse luego, ganada la República.

La frase no podía ser más útil. Que todo marchaba hacia la República, saltaba a la vista en cualquiera de los últimos escritos de Martí. Pero poco podía saberse, a partir de esas páginas, de la naturaleza de aquella república. La frase transmitida por Baliño suponía que, no por constituida una república, debía descartarse la posibilidad de la revolución. Julio Antonio Mella y otros temperamentos rebeldes recibían así la ratificación de que lo instaurado en Cuba hasta entonces no era el sueño martiano, y no tenía por qué contentarlos, desde que el propio Martí se había encargado de anunciar una fase todavía superior.

Luego de 1959, en cambio, las posibilidades parecían del todo cumplidas. Había existido una república insatisfactoria (catalogada como seudorrepublica o república mediatizada), y había triunfado la revolución. A través de Baliño y de Mella, Martí enviaba un recado a Fidel Castro, que no demoraría en adoptarlo. Fuera de ello, no parecía quedar más encarnación posible para lo escrito por Martí. O quedaba una aún, la del exilio: Carlos Márquez Sterling llamando a Fidel Castro "Anti-Martí" en la reedición de su biografía martiana.

También en el exilio, en una conferencia pronunciada en los años 70, Carlos Alberto Montaner afirmó, a propósito de Martí: "En alguna medida, Cuba es un país en torno a un hombre". Y añadió: "Los cubanos pueden ser liberales o conservadores, derechistas o izquierdistas, radicales o moderados, pero, en cualquier caso, tienen, insoslayablemente, que mostrar su adhesión a Martí". No estoy seguro de cuán vigente considere Montaner estas palabras tuyas de hace tres décadas. Pero, cualquiera que sea su opinión actual, sus afirmaciones valen como síntoma de una limitación del imaginario cubano: la de no poder soslayar, pasar por alto, a una de sus figuraciones.

¿Queda todavía algún Martí aprovechable para las políticas cubanas? ¿No han agotado su potencialidad el actual régimen cubano y los exilios? Me pregunto si en lo adelante no habrá que echar a un lado esa manía de entender a José Martí como autoridad irrecusable. Me pregunto si no habrá que prescindir, entre otros

autoritarismos, del autoritarismo de Martí. Y pienso que, de cualquier modo que se presente el futuro para la cultura cubana, en ella ha de caber la posibilidad de soslayarlo.

Juego a veces a viajar hasta una época en que su autoridad no estaba fundamentada aún, una época en la que él despertaba, junto a las primeras admiraciones, resquemores. Ese ejercicio permite, además de suponer un tiempo no copado por Martí, calibrar en mucho lo original traído por él a la literatura y a la política cubanas que Domingo Faustino Sarmiento, en carta a Paul Groussac de junio de 1887 celebraba la crónica martiana a propósito de la inauguración de la Estatua de la Libertad y, refiriéndose a un autor poco conocido por entonces, lo menciona de esta manera: “Martí, un cubano, creo”.

Me abismo ante esta insegura correspondencia entre Cuba y Martí como ante esos nudos del tiempo donde las cosas que son, podrían haber resultado diferentes.

(2007)

NORMAN LEWIS EN LA HABANA

Norman Lewis, el más grande escritor de viajes desde Marco Polo según Auberon Waugh, viajó a La Habana en 1957 con la doble misión de consultarle a Hemingway las posibilidades de la guerrilla de Fidel Castro e investigar qué vendría después de *El viejo y el mar*. Por el camino dio con un mechón de vello público de Catalina la Grande, consultó a la santera del dictador Batista y medió en un duelo a muerte provocado por Ava Gardner.

Fue su editor londinense Jonathan Cape quien le pidió que averiguara qué escribía ahora Hemingway, al que publicaba en Inglaterra. La consulta sobre política cubana era encargo de Ian Fleming, inventor de la saga de James Bond, jefe de la sección internacional de *The Sunday Times* y con lazos en la inteligencia naval británica, donde sirviera durante la guerra. Fleming y Lewis se habían conocido en la fiesta navideña de Jonathan Cape. Los reunió el azar alfabético pues las escasas dimensiones del local obligaban a más de una convocatoria. A ellos les correspondía la segunda, aunque Fleming malició que aquella era la fiesta de los autores de segundo rango, y señaló a unas cuantas letras que no tendrían por qué estar allí. Elogió la novela más reciente de Lewis, conversaron de poesía y, cuando Lewis confesó que García Lorca era su poeta favorito, le preguntó si lo leía en español y quiso conocer de sus viajes por Centroamérica. Así que quedaron para almorzar al día siguiente, y a los postres le propuso la expedición a Cuba.

Acreditado por *The Sunday Times*, Norman Lewis llegó a La Habana un domingo de fines de diciembre. Había estado allí veinte años antes y ahora encontraba mayores razones para admirarla: La Habana era la ciudad más hermosa de las Américas. Tomó una habitación en el Sevilla Biltmore y preguntó por Edward

Scott, editor de *The Havana Post*, quien vivía en una suite del hotel y cuyas señas le había pasado Fleming.

Se decía que Scott era uno de los cuatro individuos que sirvieron de modelo para James Bond, aunque aquel hombre bajo y de expresión aniñada decepcionaba bastante como cuarta parte de 007. Con un habano en sus manos regordetas, pluma de oro en el bolsillo, zapatos bien lustrados y la amante de turno (negra, según alcanzó a ver Lewis) esperándolo en su habitación, a Scott le pareció risible la idea de consultar al novelista estadounidense. Pero Lewis insistió en que Ian Fleming tenía noticias de un encuentro entre Castro y Hemingway en una de las cacerías del escritor por las montañas. “La única montaña donde Hemingway caza es el Montana Bar”, cortó Scott. En cualquier caso, él era el peor conducto para llegar al novelista pues acababa de retarlo a duelo.

Lewis tuvo que sonreír, ¿es qué allí la gente se batía a duelo todavía? Bueno, si visitaba la morgue de la ciudad (y tal visita valía la pena) descubriría entre los cadáveres de estudiantes revolucionarios a uno o dos duelistas. Noches antes Ava Gardner había acompañado a Hemingway a la fiesta del embajador británico por el cumpleaños de la Reina y, en un momento de jolgorio, ella se había desembarazado de su ropa interior, agitándola en el aire. Scott lo consideró un insulto a la Corona, Hemingway lo amenazó con darle una paliza y él no tuvo más remedio que enviarle invitación para batirse. Así que tendría que apresurarse si deseaba encontrarlo con vida.

Un mechón de vello púbico de Catalina la Grande

Luego de enviar una nota al novelista estadounidense, Norman Lewis se dedicó a husmear en busca de gente interesante y dio con el general Enrique Loy-naz del Castillo y el también general Carlos García Vélez, embajador en Londres durante doce años.

“En la prensa suele aparecer que tengo 94 años”, saludó García Vélez. “No es verdad, solo tengo 93.”

Plantas y muebles victorianos repletaban el salón. El general tenía siempre a mano su lectura favorita, el *Edinburgh Journal*, que coleccionaba desde el número inicial de 1764. Hijo del general Calixto García Iñiguez, un bisabuelo suyo había

peleado contra Bolívar en Carabobo. Hollywood había hecho una película con la historia de su padre, pero él no la conocía. No sentía el más mínimo interés por el cine o la televisión. Loynaz del Castillo recordó entonces que Barbara Stanwyck protagonizaba el filme, *Mensaje a García*. “Una chica muy guapa”, lamentó no haber coincidido con ella.

Graduado de cirujano dental en Madrid, Carlos García Vélez fue el director fundador, en 1894, de la *Revista Española de Estomatología*, segunda de su clase en el mundo. Sin embargo, debió regresar entonces a Cuba y estrenarse como combatiente. “Cuando digo que la guerra se dirigió con la brutalidad más extrema, me refiero a los dos bandos”, resumió. Él la recordaba como un historiador y dejaba los aspavientos del patriotismo para su amigo Loynaz.

Ambos generales sopesaron si el visitante merecía conocer el álbum. Decidida la consulta a su favor, García Vélez buscó un manojito de llaves, apartó una aspidistra y colocó sobre la mesa el legado de Francisco de Miranda, antecesor suyo, combatiente de las guerras de independencia de Estados Unidos y Venezuela, y cuyo nombre aparecía inscripto en el Arco de Triunfo como héroe de la Revolución Francesa.

Cada página de aquel álbum dieciochesco contenía un puñado de cabellos y una dedicatoria de la dama a la que pertenecieran. Allí tenían, al alcance de los dedos, más de cincuenta muestras de vello púbico de algunas las muchas amantes de Miranda. Al menos una de aquellas muestras tenía gran interés museístico, la perteneciente a Catalina II, emperatriz de todas las Rusias. Al pie de su pelusa real podía verse rubricada una espléndida y arrogante K. El general García Vélez comentó que, descontando lo que pudiese contener su sepulcro, aquello era cuanto sobrevivía del cuerpo de Catalina la Grande. Y pensar que su propuesta de donación del álbum le había deparado el rechazo del Museo Nacional...

(Norman Lewis se vio con el magnate azucarero Julio Lobo para hablar del apoyo empresarial a Castro y, de haber tratado acerca de sus colecciones, habría tenido noticias de otro mechón notable: el de Napoleón, que Lobo atesoraba junto a una muela del emperador. En La Habana coexistían, por tanto, dos mechones imperiales, el de Napoleón y el de Catalina. La primera de estas reliquias se exhibe hoy en el Museo Napoleónico, adonde fue a dar la colección de Julio

Lobo incautada por el régimen revolucionario, pero del álbum de Francisco de Miranda no conozco más que lo que cuenta Lewis.)

Dejando atrás batallas y galanterías de otros siglos, Norman Lewis preguntó por el apoyo que tenían las fuerzas de Fidel Castro. “Hay un montón de jóvenes de clase media que ven en él su única oportunidad de llegar a alguna parte”, le aseguró García Vélez.

Hemingway responde sibilinamente

Meses antes, en febrero de 1957, el reportero de *The New York Times* Herbert L. Matthews entrevistaba al jefe de la guerrilla en su campamento. La entrevista resultó tan crucial que un libro sobre el tema considera a Matthews “el hombre que inventó a Fidel Castro”. Vaquero, uno de los organizadores del viaje de Matthews a la Sierra Maestra, se citó con Norman Lewis en el hotel Sevilla. Parecía hacer tan descuidadamente su trabajo que iniciaron tratos sin chequeo previo y, cuando un limpiabotas se les acercó, él siguió hablando como si nada.

Estaban a pocos metros de la sede de la inteligencia militar. En la calle se produjeron disparos y vieron hombres corriendo a lo lejos. Los jugadores de un billar cercano iban armados y continuaron en lo suyo. Una prostituta cara aprovechó la ocasión para dejarles su tarjeta. Vaquero dijo estar aburrido de la vida en la sierra y sentirse solo en la capital, donde no conocía a nadie. En un cine echaban una película de gánsters y le preguntó a Lewis si no le apetecía acompañarlo. Entretanto, Edward Scott practicaba tiro en la redacción de *The Havana Post*. Con puntería muy distinta a la de Bond.

Lewis viajó a Santiago de Cuba siguiendo instrucciones de Vaquero. En el parque del centro de la ciudad un negro le pidió su opinión sobre el filósofo Kant. No era, contra lo que pudiera suponerse, una contraseña. (Quizás el lugar sea proclive a esta clase de encuentros porque el escritor Virgilio Piñera, de visita en la ciudad unos años después, preguntó a una transeúnte dónde vivía Franz Kafka, a lo que la santiaguera contestó que no sabría decirle, pero que un rato antes lo había visto cruzar en una bicicleta.)

En Santiago de Cuba consultaba lo invisible Tía Margarita, a quien se recomendaba el propio Fulgencio Batista y cuyo preparado contra las enfermedades nerviosas, a base de huesos de perro, gozaba de fama milagrera. Exvotos de

peloteros y senadores repletaban el altar del dios de la guerra Changó, del cual era sacerdotisa. ¿Acaso él quería conocer la fecha exacta de su muerte? No, lo que de veras preocupaba a Lewis era quién ganaría la guerra en Cuba. “Changó dice que la victoria le llegará a quien la merezca”, respondió Tía Margarita. Prometió que faltaba un año para la victoria, y no anduvo errada en esto.

Cada noche los disparos empezaban a las diez en punto. Vaquero avisó a Lewis que ya podía salir rumbo a Manzanillo. Allí lo esperaban con una contraseña que no alcanzó a intercambiar, pues nada más bajarse del autobús lo interceptaron tres soldados. Muy cortésmente, le requisaron la guerrera que comprara en una tienda de efectos militares de Oxford Street y le notificaron que en media hora saldría un autobús y un agente iba a ocuparse de que llegara a la capital sano y salvo.

En La Habana encontró una invitación de Hemingway, que lo esperaba al día siguiente. Lewis lo había imaginado imponente y vigoroso, y descubrió a un viejo exhausto, vestido de pijama y emborrachándose con Dubonnet desde temprano. Su aspecto era tan triste que en cualquier momento podría ponerse a lagrimear. ¿Era aquello una entrevista?, quiso saber. Él procuró tranquilizarlo: le traía un mensaje de su devoto amigo Jonathan Cape. Tan devoto que evitaba gastar demasiado en la cubierta de sus libros, le reprochó el viejo. ¿Conocía él a Edward Scott? Someramente, adujo Lewis. Bien, quería que le echara una ojeada a la carta a *The Havana Post* que estaba preparando.

En la carta rechazaba el reto a batirse con el argumento de que Scott se debía a los lectores de su diario y no habría de exponer su vida. Quiso saber si la consideraba una respuesta digna. Lewis opinó que lo era. El viejo le pidió entonces su sincera opinión sobre todo aquel asunto. Él comentó que le parecía ridículo. Exacto, sonrió por primera vez. Y cuando lo consultó acerca de las oportunidades de la guerrilla, el viejo novelista respondió tan sibilino como una santera: “Mi respuesta es inseparable del hecho de que vivo aquí”.

‘Un artista de Fidel’

Otra vez de visita en Cuba, en 1959 Lewis fue testigo de cómo una paloma se posaba en el hombro de Fidel Castro, que discurseaba. La escena, orquestada

por un entrenador de palomas de quien entonces no se tuvo noticia, surtió efecto también sobre Lewis. Fidel Castro era el mejor orador desde Demóstenes, sostuvo temerariamente.

Edward Scott inclinaba ahora su diario hacia la izquierda, se retrataba con Ernesto “Che” Guevara y sabía de un local donde jugar al bingo pese a las prohibiciones. Lewis olfateó cierto puritanismo en el ambiente. Los borrachos eran mandados a centros de desintoxicación, las prostitutas eran reeducadas. Un Cadillac oficial lo condujo al centro donde unos jóvenes aprendían a autocriticarse. Y le llegaron noticias de que el propietario del mejor restaurante chino de la ciudad, quien fuera astrólogo de ChiangKai-Shek, había elegido el suicidio después de que le ordenaran suprimir el lujo en su cocina.

Norman Lewis asistió a un juicio militar y pudo conocer al estadounidense Herman Marks, jefe del pelotón de fusilamiento de La Cabaña, a quien dejó hablar con largueza. Marks alardeó de que a la gente le gustaba dejarse ver con él. En el hotel Riviera le procuraban la mejor mesa, Fidel lo saludaba efusivamente. Creía en el trabajo bien hecho, y el suyo era fusilar. Había elegido aquel emplazamiento del paredón, con vista al Cristo de La Habana. Consentía que los sentenciados ordenaran su propia muerte, si acaso deseaban esa fanfarronada última. No aceptaba regalos, ninguno de esos relicarios o patas de conejo que tanto significaban para sus dueños. Únicamente gemelos de camisa, que regalaba luego a sus amigos. Estaba en contra de que los proyectiles usados se vendieran por cinco pesos para hacer brujería. Y conocía a diplomáticos y visitantes extranjeros que daban cualquier cosa por asistir a una de sus noches de trabajo.

Existía, al parecer, un turismo de las ejecuciones. “El artista de Fidel”, bautizó Lewis a Marks y un año más tarde lo dio por fusilado en aquel paredón. La historia de Herman Frederick Marks resultó, sin embargo, distinta. Nacido en Milkwaukee en 1921 y arrestado más de treinta veces por robo, asalto, secuestro y violación, conoció desde temprano la cárcel. En Cuba combatió bajo las órdenes de otro extranjero, Ernesto “Che” Guevara, quien lo menciona en uno de sus diarios. Ponía un entusiasmo carnicero en su trabajo: en lugar del tiro de gracia, vaciaba su pistola en el rostro del ejecutado para hacer más difícil el reconocimiento por parte de los familiares. Lo acompañaba un perro, cruce de

pastor alemán con otra raza, aficionado a lamer sangre humana. “El Carnicero”, lo llamaban. A Marks, no al perro.

En alguna de sus madrugadas, Marks debió temer que aquella estatua de Cristo fuese su última imagen y que el perro que criaba terminara probando su sangre. De manera que, acompañado de su esposa, la modelo y fotógrafa neoyorkina Jean Sécon, secuestró una embarcación. Luego de una semana a la deriva, recalaron en Yucatán. En julio de 1960 se encontraba en terreno estadounidense. En enero de 1961 fue arrestado por oficiales de Inmigración que iniciaron los trámites para deportarlo. Apelaciones mediante, logró librarse del reencuentro con sus jefes habaneros, recuperó su ciudadanía estadounidense y puede que viva aún, a los 94 años.

“El Pabellón de Jade”, el mejor restaurante chino mencionado por Lewis, no aparece en la guía telefónica de La Habana de 1958. Quizás se trataba del “Pacífico”. La lectura favorita del general García Vélez debió ser, no el *Edinburgh Journal*, sino el *Edinburgh Adviser*, fundado en 1764. Podría pensarse que en estas aventuras cubanas de Norman Lewis hay materia suficiente para una novela. Pero él la escribió ya, y espléndidamente. En cambio, lo que sí aguarda por algún novelista, mitad Walter Benjamin y mitad Patrick Modiano, es la guía telefónica habanera de 1958. La Habana de entonces concitaba un interés muy parecido al que en la actualidad concita. Igual que en época de Norman Lewis, quienes hoy la visitan hablan de una hermosa capital a punto de muy grandes cambios.

(2015)

LA HABANA ESTÁ POR INVENTARSE

Aquellos analistas a quienes desvela el futuro político de Cuba y le adelantan al país formas de gobierno, utilizan en sus comparaciones diversas transiciones políticas, y cuentan para sus cábalas con algún que otro modelo aproximativo. (Cierto que, casi siempre, para resaltar lo específico cubano.) No existe, en cambio, modelo posible para quienes imaginan la ciudad que vendrá a alzarse donde ahora está situada La Habana. Pues resulta difícil encontrar otro caso de urbe que, sin haber sufrido el alejamiento de sus pobladores, haya permanecido durante medio siglo en parálisis constructiva.

Para dar con ejemplos cercanos a La Habana actual es necesario acudir a los archivos de guerra, remitirse a paisajes bombardeados. Aun sin haber sufrido batalla, la capital cubana es comparable a una ciudad bajo las bombas. Pero un bombardeo es tan solo un episodio (me refiero a bajas arquitectónicas, no humanas), y se sale de él empeñado en retomar la vida allí donde la interrumpiera la aviación enemiga. En cambio, un ataque de baja intensidad a lo largo de décadas resulta mucho más devastador. Porque logra apagar en la gente cualquier esperanza recuperativa: nadie saca la cabeza del refugio, y fuera del arca solo se envían en exploración cuervos y cuervos.

La administración de Fidel Castro ha sido ese bombardeo incesante. Una ojeada a “La Maqueta de La Habana”, modelo a escala abierto al público, permite calibrar cuán poco se ha construido allí desde 1959. Señaladas las épocas constructivas por diferencia de colores, el color revolucionario apenas se echa a ver. La Habana es una ciudad levantada principalmente en las primeras seis décadas del siglo XX y no hay más que recorrerla para percibir el grado de decrepitud alcanzado por la arquitectura de esas décadas.

Diversos especialistas han acudido al término “estática milagrosa” para explicar la persistencia de edificaciones que, según las más elementales leyes físicas, tendrían que haberse desmoronado hace mucho tiempo y continúan porfiadamente en pie. (La Habana, en buena parte, existe de milagro.) Incluso las estadísticas oficiales, remilgadas como suelen ser, reconocen la magnitud del desastre: un informe gubernamental de septiembre de 2005 avisa que el 52,5 % de las construcciones del país se halla en mal estado.

Lo peor del urbanismo revolucionario no ha estado en desoír la necesidad de viviendas, ni siquiera en refrenar todo impulso de nueva construcción. Algo aún más perverso ha fomentado: la idea, infundida en la población, de que nada roto consigue restaurarse (excepto lo catalogado por la Unesco, lo mesopotámico habanero), la certeza de que cada grieta es la grieta que cruza la fachada de la Mansión Usher y acaba por hundir a esta en un lago.

Como siempre, quien carga las culpas es el embargo estadounidense. Cuba, nos dicen, es un país muy pobre. Cabe entonces preguntar qué se hizo por las ciudades mientras duraron las cuantiosas subvenciones soviéticas. Y no es descartable la sospecha de que la misma jefatura que emprendiera con éxito campañas militares, educativas y sanitarias, haya dispuesto la destrucción de La Habana y otras ciudades. Aunque, cualquiera que sea la excusa para tal desidia, no hay dudas de que el período revolucionario deja una capital en ruinas, irrecuperable en su mayor parte.

De un solo impulso constructivo pueden enorgullecerse: la restauración de La Habana Vieja, a cargo de la Oficina del Historiador de la Ciudad. Dicha empresa, sin embargo, ha terminado por confundir conservación con despoblamiento y, allí donde encuentra casonas habitadas por muchas familias, concibe espacios vacíos, museos en lugar de hogares, locaciones para filmes de época. (En la mayoría de los casos, los antiguos inquilinos son obligados a residir en edificios de las afueras.) El llamado Plan Maestro para la Revitalización Integral de La Habana Vieja impone lo simbólico y monumental a costa de lo habitable, y es capaz de justificar la construcción, frente al puerto habanero, de un jardín dedicado a Diana de Gales, otro a la memoria de Teresa de Calcuta, una Catedral Ortodoxa Griega, un Museo del Ron y una Catedral Ortodoxa Rusa aún por terminarse.

Mientras más de la mitad de los cubanos habita infraviviendas, el equipo de especialistas dirigido por Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad, se distrae en templos sin feligresía o en memoriales de princesas y religiosas que ninguna relación tuvieron con La Habana. Intentan reproducir el campanario de la primera universidad habanera, y lo que alcanzan es una torre emparentada con el Campanile de San Marco en el hotel Venetian de Las Vegas. Jardines para princesas, campanarios de *atrezo*, catedrales exóticas, museos del alcohol: si todo esto es obra de quienes deberían brindar a La Habana propuestas vivificadoras, qué no podrá llegarle de empresas mucho menos comprometidas con su ordenamiento.

Dudo de que una administración revolucionaria (comandada por quien sea) haga renacer la capital cubana. Para ello tendrá que cerrarse el período iniciado en 1959. La ciudad contará entonces con el vacío dejado por los viejos edificios en estática milagrosa. Habrá tanto espacio libre como el hallado por el marqués de Pombal luego del terremoto de Lisboa. La Habana estará expuesta a la depreciación inmobiliaria, y posiblemente se agregarán nuevos ejemplos a la lista de atrocidades urbanísticas. (Adelanto esta forma del miedo: a las extrañas catedrales y jardines frente al puerto, podrá sumarse un frente de rascacielos copando el malecón, quitándole respiración a las calles de adentro.)

Cuando pienso en el futuro, calculo lo agobiante de replantear una ciudad que lleva medio siglo sin construirse a diario. Pienso también en la oportunidad única que ha de ser para quienes tienen por oficio el de imaginar ciudades.

Como ninguna otra, La Habana está por inventarse.

(2007)

